

Diana Jáuregui



NARRADORES
DE MEMORIAS

5

¡Jorge!
¿Dónde estás?

DIANA JÁUREGUI JÁUREGUI

"Pero, mamá, ¿qué ha pasado?
¡Mi papá! ¡Mi papá!"

Olimpio Jáuregui

Soras,

**¡la búsqueda
de justicia!**



Este testimonio se publica con el conocimiento
y autorización de los narradores.

NARRADORES
DE MEMORIAS
5

DIANA JÁUREGUI JÁUREGUI

S
OR
AS





PERÚ

Ministerio de Cultura



Ministra de Cultura

GISELA ORTIZ PEREA

**Viceministra de Patrimonio Cultural
e Industrias Culturales**

SONALY TUESTA ALTAMIRANO

**Director del Lugar de la Memoria,
la Tolerancia y la Inclusión Social**

MANUEL BURGA DÍAZ

Centro de Documentación e Investigación del LUM

ELENA PRÍNCIPE

MARIO MEZA

JULIO ABANTO

Cuidado de edición

TERESINA MUÑOZ-NÁJAR

Corrección de estilo

JUANA IGLESIAS

Diseño y diagramación

EVELYN ROQUE

MANUEL ESPINOZA

Narradores de memorias 5: Soras, ¡la búsqueda de justicia!

© **Ministerio de Cultura**

Av. Javier Prado Este 2465, San Borja - Lima, Perú

Teléfono: (+511) 618-9393

www.cultura.gob.pe

© **Lugar de la Memoria, la Tolerancia
y la Inclusión Social - LUM**

Bajada San Martín 151, Miraflores - Lima, Perú

Teléfono: (+511) 719-2065

Lum.publica@cultura.gob.pe

www.lum.cultura.pe

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2021-12337

Obra completa: ISBN 978-612-4391-42-2

Volumen 5: ISBN 5: 978-612-4391-47-7

Primera edición: diciembre 2021

Fotografía de portada: LUM

Tiraje: 1000 ejemplares

Contenido

Presentación	7
Soras antes de la violencia	16
Olimpio Jáuregui: autoridad, padre de familia y dirigente	20
La instalación del terror: la llegada de Sendero	
Luminoso a Soras (1982)	30
El asesinato de Olimpio Jáuregui (26 de noviembre de 1983)	44
Reacción y defensa: el enfrentamiento de los <i>sinchis</i> con los senderistas en Soras (1983-1984)	56
La alianza de los pueblos	66
La masacre de Sendero Luminoso y el Expreso Cabanino en Soras (julio de 1984)	72
El impacto de la masacre senderista en Soras	88
Diana y su familia después del terror	94
La búsqueda de verdad y justicia para Soras: la judicialización y un lugar de la memoria (2010-2020)	98
Reflexiones finales sobre Soras y la historia	114
Referencias bibliográficas	118

“

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;*

*y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.*”

ANTONIO MACHADO
(1875 - 1939)

Extracto del poema
“Anoche cuando dormía” (1907)

Presentación

En mayo del 2019, nuestro director, Dr. Manuel Burga, realizó un viaje a Alemania, gracias a una cordial invitación de la embajada de ese país en el Perú, con la finalidad de visitar los museos y las instituciones de memoria de las ciudades de Berlín y Leipzig, espacios en los que se conservan e investigan los hechos ocurridos entre los años 1933 y 1945, relacionados al ascenso, apogeo y caída del Partido Nacional Socialista. Posteriormente, el doctor Burga asistió al Musée national de l'histoire de l'immigration en París, donde se preserva la memoria de los inmigrantes que llegaron a Francia procedentes de África y de las numerosas provincias ultramarinas francesas.

Estas dos experiencias constituyen sucesos respecto a los cuales, tanto sus investigadores como los gobiernos involucrados, tratan de encontrar explicaciones, causalidades y legados que ayuden a

construir nuevas ciudadanías. En ambos casos, las memorias personales, de familias y grupos sociales que dan cuenta de lo ocurrido, desde diversas perspectivas y circunstancias, conforman testimonios originales e insustituibles que inspiraron nuestro proyecto “Narradores de memorias”, el cual nació el mismo 2019.

El proyecto se convirtió, de inmediato, en un trabajo prioritario para los equipos del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social (LUM). Sin embargo, el forzado confinamiento por la pandemia del COVID-19 desaceleró el proceso que iniciamos con tanto entusiasmo por lo que, finalmente, decidimos que este fuera coordinado desde el Centro de Documentación e Investigación del LUM. Fue así que concurrieron experiencias e iniciativas individuales que nos ayudaron a identificar a los *narradores* (básicamente deudos de las víctimas del accionar terrorista) y así acopiar sus memorias del modo más fidedigno posible.

Esta tarea no solo ha representado para nosotros un aprendizaje notable, sino que nos ha mostrado la importancia de escuchar al otro y de escucharnos todos con el alma abierta, libres de todo prejuicio. Se le ha brindado la oportunidad a cada *narrador* de presentar su historia desde sus propias y dolorosas vivencias, desde las inquietudes y preocupaciones del presente, con la certeza de que estas dejarán de ser patrimonio privado para, en adelante, formar parte de nuestra experiencia nacional.

Ahora bien, cada *narrador* organizó su testimonio de manera espontánea, haciendo un ejercicio de memoria activa e integradora, con el ánimo de confrontar sus recuerdos e identificar las profundas huellas que no les permiten aún superar el evento traumático. De este modo, el LUM se suma a los esfuerzos por impulsar proyectos de memorialización que formen parte de las políticas públicas, articuladas con la justicia transicional, para que las nuevas generaciones conozcan estas historias y la indismayable lucha de

sus deudos por la verdad, justicia, reparación y no repetición de lo sucedido.

Los *narradores*, como testigos afectados por la barbarie, también han encontrado en el testimonio oral convertido en escritura una manera de aliviar el dolor de sus pérdidas, el consecuente drama de la búsqueda de justicia, y este proyecto, casi sin habérselo propuesto, se convirtió en un modo de identificarnos con ellos; enfatizando la necesidad de que trasciendan el sufrimiento vivido a través de una mayor resiliencia, fraternidad, reciprocidad y solidaridad compartidas. Boris Cyrulnik se pregunta: “¿Cómo definir la resiliencia?”. De inmediato responde: “La definición más sencilla: [consiste en] la reanudación de un desarrollo después de una agonía física”¹. Ese es también nuestro objetivo: la reanudación de sus vidas, de sus familias, de sus comunidades, y del desarrollo de nuestro país. Sus

1 Ana Guadalupe Sánchez y Laura Gutiérrez. “Criterios de resiliencia”. Entrevista a Boris Cyrulnik. Barcelona: Gedisa, 2016, p. 55.

testimonios están acompañados por las opiniones de diversos profesionales e investigadores que exponen sus puntos de vista sobre el denominado período de violencia que afectó al Perú entre 1980 y 2000.

Finalmente, expresamos nuestra gratitud tanto a los analistas como a los testificantes por confiar en el proyecto “Narradores de memorias”; así como al Ministerio de Cultura, a la Fundación Ford y al Proyecto Especial Bicentenario por haber hecho posibles la investigación, edición y publicación de los diversos números de esta nueva colección del LUM.

Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social



Olimpio Mauricio Jáuregui de la Cruz.
Fuente: Archivo personal de Diana Jáuregui.

“

*Mi abuela me ha dicho
que no estás muerto,
que solo es una herida,
te tienes que levantar.*

- DIANA JÁUREGUI -

”



A mi papá le encantaba el tallarín rojo, era su comida favorita y solo se preparaba en fechas especiales. La víspera del sábado 26 de noviembre de 1983 trabajamos en una chacra bastante alejada del pueblo. De pronto, sin mayor explicación, mi papá nos dijo que volviéramos a la casa y le pidió a mi mamá que le preparase tallarines.

Regresó muy tarde, cuando ya estaba oscureciendo. Llegó angustiado. Se le notaba en la cara, en su voz. Nos sentamos a la mesa y se puso a llorar. Y nos empezó a repetir eso de: "si me pasa algo..."

Al final, nadie comió bien. Y nos acostamos así, con el corazón estrujado.

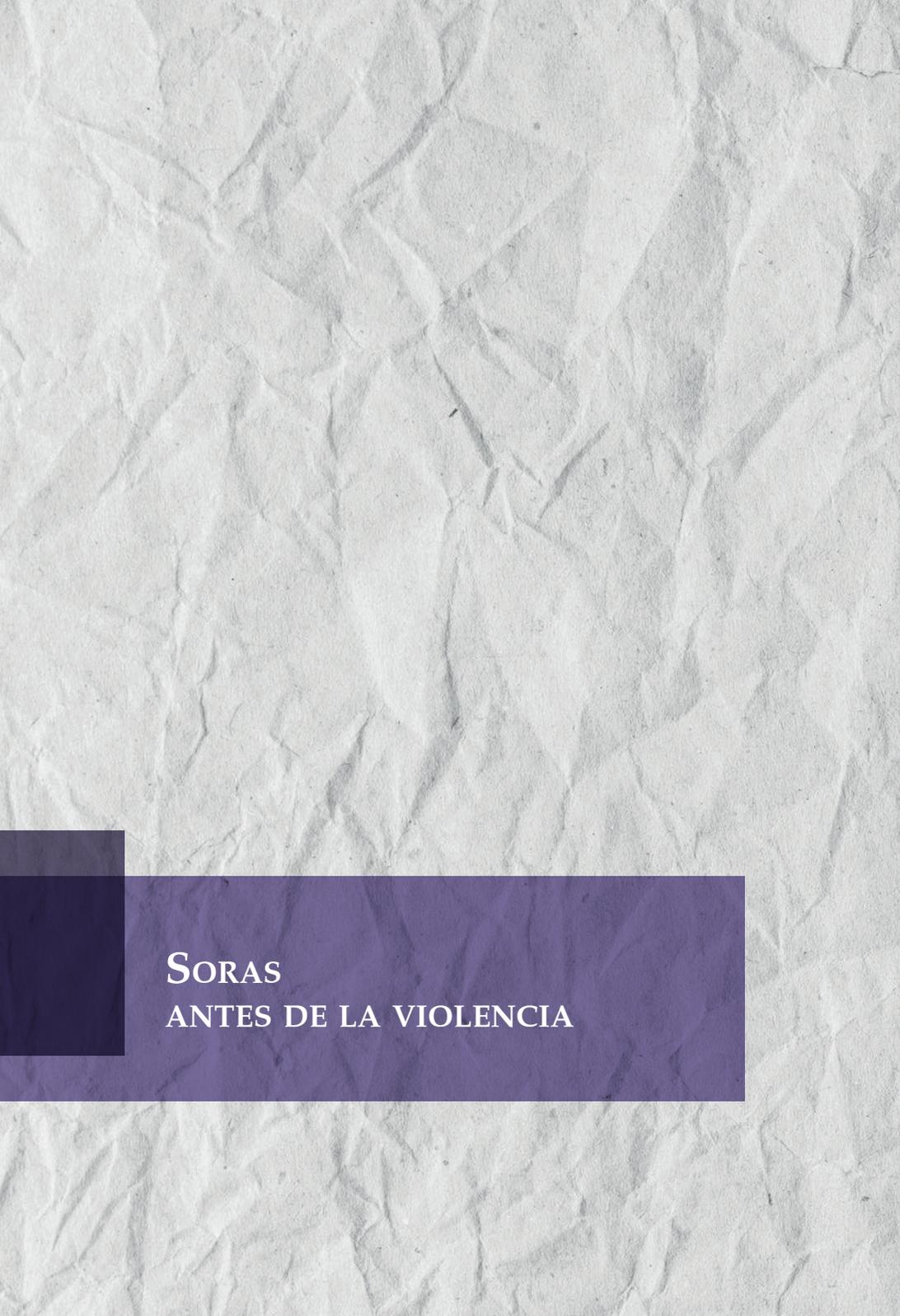
Nos despertamos a las cuatro de la mañana con la bulla que hacía el perro y los gritos de mi mamá. El perro ladraba como si un extraño hubiese irrumpido en la casa y mi mamá decía: "¡Pero déjenlo vestirse! ¡Mi esposo no es ningún delincuente! ¡No lo pueden llevar así! ¡Déjenlo vestirse!"

Mis hermanos y yo dormíamos en el cuarto contiguo. Estábamos asustados, pero nos quedamos ahí no más, calladitos. Mi mamá seguía reclamando: “¡Pero déjenlo! ¡No lo pueden llevar así! Déjenlo”. Y escuchamos la voz de mi papá, bajita, diciendo: “Ya, Olinda, cálmate, tranquila”.

- DIANA JÁUREGUI JÁUREGUI² -



² Diana, la cuarta de los cinco hijos de Olimpio Jáuregui, es egresada de la carrera de enfermería técnica y actualmente trabaja en un *service*. Está casada y tiene tres hijos: un varón de 16 años y dos niñas de 14 y 5 años. Desde el 2012 preside la Asociación de Víctimas del Caso Soras en Lima.



SORAS
ANTES DE LA VIOLENCIA

Nací en 1974 y soy hija de don Olimpio Mauricio Jáuregui de la Cruz. Sorás es mi tierra y la de mis padres. Antes de los sucesos del 26 de noviembre de 1983, era una comunidad típica de la sierra, el pueblo más grande de la cuenca de la margen izquierda del río Chicha (Ayacucho). Curiosamente, también el más luchador y resistente. Antes pertenecíamos a la provincia de Lucanas, pero a partir de 1986 –si no me equivoco–, pasamos a formar parte de la provincia de Sucre³.

A pesar de las carencias que teníamos, éramos una comunidad muy linda y feliz. Practicábamos costumbres como la del *ayni*⁴, pues todos nos ayudábamos: un día por ti, el otro por mí. Esa era nuestra rutina. Y en nuestra vida cotidiana nos dedicábamos al trabajo en la chacra y al cuidado de

3 La Ley 24446 del 14 de enero de 1986 creó la provincia de Sucre, conformada por los distritos de Chalcos, Chilcayoc, Huacaña, Morcolla, Paico, Querobamba, San Pedro de Larcay, San Salvador de Quije, Santiago de Paucaray y Sorás.

4 Ayni: organización de ayuda mutua entre parientes de un mismo grupo familiar para la construcción de casas, sementeras o cosechas. Al final de la jornada laboral los parientes son agasajados e invitados en un ambiente de celebración.

los animales. En el transcurso del año celebrábamos muchas festividades. Soras era un pueblito muy católico, pero a la vez se creía en los *apus*⁵, en los *wamanis*⁶ y se respetaba al sol, a la tierra y al agua. Era también muy pacífico, podía haber algunas discrepancias, de repente por el daño de los animales –ese tipo de cosas– o por la falta de lluvia, pero en general había mucha paz. El trueque se practicaba entre las familias y con los habitantes de los pueblos vecinos. Estos últimos decían: “Soras tiene mucho ganado bravo y nosotros no. Entonces nosotros llevamos trago o chicha, o comida, y a cambio, ellos nos dan toros o caballos”.

Entre las autoridades hacían tratos y se apoyaban, la gente de las comunidades contiguas venía porque las festividades eran grandes y se la pasaban bien. Duraban como mínimo una semana; por lo tanto, todos los que llegaban –algunos tardaban días en acémila– se quedaban a dormir. Lamentablemente, en aquellos años no había muchas vías de acceso, estábamos muy alejados de la capital y del desarrollo.

5 *Apus*: espíritus que habitan en los cerros de las comunidades andinas, considerados lugares sagrados delimitados por hitos o huacas. Como señores son intermediarios entre los mundos sagrado y profano, habiendo sobrevivido a la cristianización.

6 *Wamani*: señor poderoso que vive dentro de los cerros, es “protector del ganado” y “personifica a la tierra”. Puede causar daños o castigar.

El único transporte que conectaba Sorás con Lima, el bus Expreso Cabanino, salía solo una vez por semana. Iba por Puquio para llegar hasta Ica. Se tenía que atravesar una carretera pésima. Con mucha suerte, el viaje se hacía en tres días, pues a veces el bus se malograba en el camino y los pasajeros se quedaban botados durante semanas.

•••



**OLIMPIO JÁUREGUI:
AUTORIDAD, PADRE DE FAMILIA
Y DIRIGENTE**

Mi papá nació en 1940 en un hogar muy complicado. Su padre era alcohólico y machista, como suelen ser muchas personas en los pueblos de la serranía. Él y su familia crecieron con muchas carencias y en un ambiente donde reinaba la violencia.

Más o menos a sus 15 años, su hermana mayor lo trajo a Lima para que hiciera la secundaria. Ellos vivían por la calle Chota, en el Cercado de Lima, y a mi papá le quedaba cerca el colegio en el que lo pusieron: el Guadalupe⁷. Cursó ahí hasta el cuarto año. Era una persona muy inteligente y le iba muy bien en los estudios, pero lamentablemente tuvo un problema en la vista. Al parecer, se trató de un desprendimiento de retina por algún trabajo forzado que había realizado en la sierra y tuvieron que operarlo, lo que significó un gran gasto. La familia pasaba muchas necesidades, no tenían ayuda, por lo que él tuvo que dejar el colegio y ponerse a trabajar.

⁷ Primer Colegio Nacional Benemérito de la República de Nuestra Señora de Guadalupe.

A los 22 o 23 años se enamoró de mi madre, Viviana Olimpia Jáuregui de la Cruz [Olinda para la familia]. Ella también era de Soras y había venido a Lima a terminar sus estudios. Pero ambos decidieron regresar y hacer su vida en la sierra.

Puedo decir que para entonces mi padre tenía clarísimo que el futuro de sus hijos era la educación. Soras era un pueblito muy aislado, todo aquel que se quedaba allá solo podía dedicarse a la agricultura y a la ganadería. En esa época, además, las mujeres no contaban con el apoyo necesario para estudiar; por eso mi madre quiso venir a Lima de jovencita (14 años) con la intención de completar sus estudios, pero por diversos motivos no logró terminar la primaria. Ella venía de un hogar de catorce hijos y tuvo que traer a uno de sus hermanos. Acá no tenían familia, todo les fue muy difícil.

Una razón más por la que mis padres decidieron regresar a Soras, fue porque a mi papá no le caía bien el clima de Lima. Tenía alergia a la humedad, imagino, puesto que paraba resfriado, con infecciones respiratorias, y la pasaba mal. Supongo que también añoraban a sus padres y sus cosas. De vuelta en Soras

les fue muy bien. Mi papá nos repetía: “Ustedes tienen que estudiar. Yo me rajaré el alma, pero ustedes van a tener que ir a la universidad y van a ser mejor que yo”. Él había sufrido mucho en su hogar, pero decidió que no sería igual que mi abuelo.

Mi papá no fue alcohólico ni violento, todo lo contrario: tuvimos una infancia maravillosa; y si bien es cierto, como ya lo he dicho, que mi pueblito era muy pequeño y alejado, lo teníamos todo. Mi papá y mi mamá empezaron de cero.

“*Él era ganadero y agricultor. Hasta donde me acuerdo, era una de las poquísimas personas del pueblo que tenía buenas cosechas y buen ganado.*”

Se esforzaba mucho por la tecnificación, pedía asesoramiento o llevaba profesionales para que lo aconsejaran tanto en la siembra como en la crianza de ganado.

Generalmente sembrábamos en los meses de septiembre, octubre y noviembre. Esperábamos que pasaran las Navidades y la Bajada de Reyes, y luego nos íbamos todos a la altura (la estancia), donde teníamos unas casitas. Desde enero hasta abril nos dedicábamos exclusivamente a la crianza de nuestros caballos, vacas, toros y burros. Ordeñábamos, amansábamos y marcábamos al ganado. Me levantaba con el ruido de los pajaritos y el canto del gallo, primero a ordeñar a la vaca y luego correr a bañarse en el río de aguas cristalinas. Fue la infancia más linda y sana que uno pueda tener. Los adultos se divertían cuando llegaba el carnaval y durante la ceremonia de marcación de animales. Todo era pacífico y cuando comenzaban las clases regresábamos al pueblo.

Éramos cinco hermanos de padre y madre, dos mujeres y tres varones, yo era la cuarta. Mi papá tenía un hijo mayor que siempre vivió con su mamá en la costa. En 1983, cuando mi hermana mayor estaba por terminar su secundaria, mi papá nos dijo: “Liliana cumple 15 años, me voy con ella a Lima o a Andahuaylas para que se prepare y postule a la universidad. Ustedes y su mamá se van a quedar al mando de la casa”.



Familia Jáuregui. Diana es la niña sentada a los pies de su mamá.

Fuente: Archivo personal de Diana Jáuregui.

Él lo tenía todo calculado. Justo ese año podía vender una regular cantidad de toros y con eso financiar lo que pensaba hacer. Todo iba bien, al punto de que mi madre nunca se puso a pensar sobre qué pasaría si ella o mi padre fallecieran. Ella decía: “Bueno, estamos bien y así va a ser, ¿no?”.

Mi padre tenía proyectado vivir en Soras para siempre. Solo quería llevarnos a Lima o a Andahuaylas (donde también había acceso a la educación superior) para estudiar, porque estaba convencido de que la educación era el único acceso al desarrollo. Nos insistía en la importancia de leer mucho y tener buena ortografía. Los viernes por la tarde y los sábados, él se sentaba con mis hermanos y conmigo a revisar nuestros cuadernos. Nos mandaba a hacer planas con las palabras que escribíamos mal. Rogábamos que se olvidara, pero eso no pasaba; entonces, como teníamos los cuadernos en unas cajitas de cartón, nos parábamos frente a él, en fila india, cada uno con su cajita, para que los revisara. Dependiendo de cuál era nuestra dificultad nos ponía el castigo. A mis hermanos usualmente los obligaba a estudiar las tablas de multiplicar; a mí, sin embargo, me alimentaba la autoestima: “Mi hija es la más inteligente”, decía. Pero renegaba porque era muy habladora. Él peleaba con mis hermanos para que se expresen con más amplitud y conmigo para que me calle.

Ya en nuestra niñez, Soras era el único distrito de la provincia que tenía inicial, primaria y secundaria;

contrario a lo que ocurría en tiempos de mis padres. Todos los niños de los pueblos contiguos tenían que vivir ahí de lunes a viernes y los sábados regresaban con sus familias. Por entonces, había mucha población estudiantil en los tres niveles; aparte teníamos el jardín de infancia que era inmenso.

Estudiábamos de ocho a doce del día y por la tarde hacíamos talleres de costura y bordado. Los jueves teníamos clases de deporte, que me encantaban. Ese era el mejor día de la semana porque toda la tarde nos dedicábamos a jugar, a corretear y a practicar cualquier disciplina. Llegábamos a la casa muertos de cansancio, con las justas a comer y a dormir. No obstante, después de los trágicos sucesos del 26 de noviembre de 1983, la educación en Sorás fue un desastre.

En 1981, cuando nació mi hermanito, me resentí mucho por celos. Mis padres no tuvieron la suficiente capacidad de prepararme para enfrentar su llegada. Así que, de repente, dejé de ser el centro de la atención y decidí irme a vivir con mis abuelos. Tenía apenas seis años. Hasta que mi papá me pidió que regresara. Poco a poco me acostumbré a vivir con mi

hermanito y la relación con mi papá se restauró. Dos años después lo asesinaron y yo sufrí mucho.

Por esa época mi papá siempre tenía un cargo público. Si no era presidente, era juez [de paz]; si no era juez era gobernador; y así se la pasaba. También presidió la Asociación de Padres de Familia (APAFA) en el colegio, puesto muy importante y en el que realizó grandes gestiones.

“*Por el liderazgo que ejercía fue muy querido y valorado. Era un hombre justo.*”

Por otro lado, desde joven, cuando vivía en Lima, se hizo militante aprista. Era *fan* de Víctor Raúl Haya de la Torre. En ese entonces había dos partidos en el pueblo: Acción Popular y el APRA.

Una de las cosas que más le preocupaba era la falta de vías de acceso a la carretera. Los viajes entre

Huamanga y Soras duraban dos días más o menos, mientras que ahora toman entre seis y ocho horas. No teníamos puesto de salud, las mujeres daban a luz en sus casas y si algún parto se complicaba era muy difícil que la madre o el niño se salvaran. No había ferias ni mercados. Cada población sobrevivía con su cosecha, con su ganado y, cuando era necesario, se hacían trueques. Hubo una comisaría hasta 1982. Nunca nos quedó claro ni supimos exactamente por qué la retiraron. Presumimos que fue porque ya había comenzado el terrorismo en Ayacucho.

•••



**LA INSTALACIÓN DEL TERROR:
LA LLEGADA DE SENDERO
LUMINOSO A SORAS (1982)**

Siempre hemos repasado con mi familia e incluso en la misma asociación [Asociación de Víctimas del Caso Sorás], con nuestros compueblanos, qué fue lo que pasó. Las dificultades empezaron cuando los profesores llegaban a los pueblos con ideologías abiertamente senderistas, sobre todo en 1983. Mi papá, junto a otras personas, igualmente líderes, conversaban sobre esto y decían que estaba mal. También se enteró por mi hermano de que sus compañeros le habían puesto el nombre de “Edith Lagos” a su promoción. Mi papá se amargó mucho.

A la mayoría de la gente no le importaba demasiado o no estaba informada sobre el terrorismo porque, además, hacía poco que Sendero Luminoso había aparecido. Sin embargo, mi papá sí era de los que escuchaba la radio; tenía uno a pilas y aunque las pilas se agotaban o la señal se interrumpía, él siempre estaba al tanto. Se interesaba mucho por esos temas, leía y escuchaba sobre las cosas que estaban pasando.

Soras se encuentra al lado de otros pueblitos que pertenecen a Apurímac y hay un cerro inmenso, que no sé cómo se llama, pero está al frente de nuestra comunidad. Un día de enero de 1983, cuando decidimos mudarnos para la estancia, al subir a la pampa –a la que llamamos “la Tranca”–, nos sentamos un rato a descansar con las acémilas, para luego seguir el camino. Uno de mis hermanos se dio cuenta de que en ese cerro inmenso había unas letras gigantes: “¡Papá, papá, mira lo que hay allá! ¿Qué dice?”. Si mirabas detenidamente alcanzabas a leer las iniciales “SL”. Y, además: “Viva Abimael Guzmán. Viva el Marxismo Leninismo, Maoísmo, pensamiento Gonzalo”. Esto último se leía clarito. Se notaba que habían trabajado por varios días, porque habían abierto la tierra en ese cerro para que todo se divise a distancia. Ahora pienso que esas letras grandes habrán sido abiertas con palas, con picos, qué sé yo. Mi papá en ese momento, dijo: “¿Qué es eso? ¿SL y Abimael Guzmán?”. Y comenzó a preocuparse. Luego llegaron las noticias, lo de Uchuraccay, y cuando se reunía con sus amigos, él decía: “Estos son pobres delincuentes, ¿qué se creen que van a venir a lavarnos el cerebro?”. Y ya se adelantaban conversaciones de ese tipo.

En 1982 aparecieron en el pueblo dos personas que decían ser ingenieros y que iban a estudiar el tipo de tierra que teníamos⁸. Nadie puntualmente los había llevado. Uno de ellos tenía rasgos orientales, el otro sí tenía la tipología de un peruano. Eran personas completamente ajenas. Se aparecieron en la festividad de los danzantes de tijeras, que era en septiembre, y solo estuvieron ahí, mirando.

“*Andaban alrededor del pueblo, pero nadie les prestó mucha importancia.*”

Entre marzo y abril de 1983, cuando regresamos nuevamente al pueblo luego de pasar nuestra temporada en la estancia, nos encontramos con gente extraña. Grupos de tres o cuatro personas más o

⁸ De acuerdo a la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), miembros del Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso (PCP-SL) llegaron en octubre de 1982 a Sorás, Larcay y Paucaray a realizar adoctrinamiento de escolares (CVR, 2003, tomo IV, p. 36).

menos; gente joven, de 20 a 30 años que andaba parada en las esquinas. Y todos se preguntaban: “¿Quiénes serán? ¿Habrán venido de otros pueblos?”. Y cada vez se presentaban con más frecuencia personas a quienes nadie identificaba. Una semana llegaban tres, a la siguiente cinco y, así como llegaban, desaparecían.

De pronto, entre julio y agosto, un sábado cualquiera, estábamos en la casa con mi papá y el perro ladró como usualmente lo hacía cuando pasaban personas extrañas. Mi papá salió hasta la puerta y se encontró con dos muchachos. Mis hermanos y yo, de chismosos, nos quedamos mirando. En Soras todos éramos pobres, pero esas personas ni siquiera tenían zapatos. Estaban con ojotas y sus pantalones y chompas todos rotos, muy gastados. Alrededor de la cintura llevaban “granadas” –en realidad, supimos después lo que eran porque nunca en la vida habíamos visto un arma o una bomba–; es decir, latitas de leche Gloria [que contenían explosivos]. También vimos que tenían unos cuchillitos y unas cosas de madera cruzadas en la espalda. De por sí daban miedo, mi papá también se asustó y nos indicó que nos pusiéramos detrás de él. Esos muchachos le

dijeron con voz de mando: “Señor, vaya a la plaza; todos, a reunirse en la plaza”. “Pero ¿por qué? ¿Qué está pasando?”, respondió él. “Señor, cálese, no discuta y vaya a la plaza”.

No hablaban bien el castellano por lo que entendimos que eran de la puna. Mi papá les pidió que se esperaran un rato, que nosotros, sus hijos, estábamos solos (mi mamá había salido a algún lugar). Ellos contestaron: “Salga con hijos y todo”. Esa misma dinámica ocurrió en todas las casas pues, efectivamente, por la calle iban los padres con sus hijos, sus esposas, las abuelas, los abuelos, todos para la plaza. Al llegar no estábamos asustados, sino asombrados. Jamás había pasado una situación así. Ese día no había luz y ellos usaban un parlante a pilas [megáfono] y decían: “Niños y grandes, acérquense a la plaza de armas. Todos, urgente, todos”.

Calculo que el 90 por ciento de la comunidad estaba ahí. Entonces un hombre que se identificó como el “camarada José”⁹ nos presentó a sus segundos y

9 “Camarada José”: alias de Víctor Quispe Palomino, actual jefe de la facción del grupo narcoterrorista de Sendero Luminoso denominado Militarizado Partido Comunista del Perú (MPCP). Opera en los valles de los ríos Apurímac, Ene y Mantaro (VRAEM), y sobre él pesan muchas denuncias por delitos como violaciones de derechos humanos y narcotráfico.

empezó la charla. Nos dijo que ellos eran los que nos iban a liberar del Estado abusivo, de los perros del Estado. Que de ahí en adelante todo iba a ser felicidad porque habría igualdad. Yo puedo decir que por entonces no había gamonales ni gente que tuviera más propiedades, aunque tal vez algunos habían heredado terrenos o ganado de generación en generación. Los que nos habían reunido en la plaza insistieron en que todo eso ya no iba a existir, que iban a repartir a todos por igual y ese tipo de cosas. Fue una charla de media hora y, así como vinieron, desaparecieron: “Ya, ahora sí se pueden ir, gracias. Nosotros vamos a estar visitándolos todo el tiempo”. ¿Por dónde exactamente se fueron? No sabemos, solo desaparecieron.

Esas visitas se fueron haciendo más seguidas. Los terroristas eran cada vez más hostiles, amenazaban, hasta que llegó el momento en que muchos pobladores les tuvieron miedo. Ahí es donde empieza a venir mucha gente a mi casa y a las de las otras autoridades. Personalmente debo decir que justo una tarde en la que nos hallábamos jugando al lado de mi papá, llegó una señora (en Soras todos nos tratábamos de tío, tía, sobrino, abuelo, abuela)

y le dijo: “Sobrino, ¿cómo puede ser? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué podemos hacer? ¿Por qué nos tienen que obligar a la hora que ellos quieren a que nos reunamos?”. A lo que mi papá respondió: “¿Sabe qué? Si nosotros vamos a seguir haciéndoles caso, van a seguir viniendo. No hay que hacerles caso, definitivamente hay que rebelarnos y no ir a las reuniones. Ellos se cansarán y se irán”.

Pero las visitas de esos desconocidos que al principio eran fugaces cada vez se hicieron más largas. Se quedaban horas, luego días y semanas. Cuanto más demoraban empezaban a conquistar a muchos jóvenes que acababan de salir del colegio. A muchos chicos y chicas los pasaron a sus filas. Los convencían personalmente, no públicamente. Se hacían amigos, les lavaban el cerebro y se iban a visitar otros pueblos con ellos. Les ponían sus latitas [granadas] a ellos también y les daban su “arma”. Los padres de esos jóvenes empezaron a quejarse con las autoridades, venían más seguido a mi casa. “Don Olimpio, tenemos que hacer algo”.

Fue así que una de las semanas en la que se quedaron por más tiempo, mi papá se enfrentó pública y

abiertamente al “camarada José” y le dijo: “Ustedes pueden venir a contar lo que quieran, pero a mí no me engañan. Ustedes no son más que unos vulgares piojosos”. Eso era verdad porque venían muy desaseados y tenían parásitos. Siempre estaban con la misma ropa y todos sudorosos. “Ustedes pretenden ser políticos, pero no son ni remedos de políticos. ¿Qué van a venir a decirnos a nosotros? ¿Qué les están diciendo a nuestros hijos en el colegio? ¡A mis hijos no los tocan! ¡A mis hijos no les meten más esas ideas! Ustedes no tienen por qué ir al colegio”. Esa vez el “camarada José” no fue capaz de discutirle, pero ya mi papá quedó marcado.

Un día, recuerdo, estábamos en las aulas y de pronto nos avisaron que venían los soldados, los militares. Salimos huyendo. Los profesores que estaban a cargo no lo pensaron dos veces y también huyeron. Nos fuimos al monte a escondernos y nuestros padres – mi mamá estaba desesperada– fueron a buscarnos, pero al final fue una falsa alarma.

Vivíamos aterrados de que en cualquier momento nos iban a matar y seguían llegando noticias así. Había gente que estaba preocupada, pero había otros que

sí estaban de acuerdo con los terroristas y sus ideas. Ellos les contaron que mi papá y sus amigos tenían la costumbre de conversar de política en una cantina. Pero aquella vez su tema era Sendero Luminoso, las visitas que hacían a Sorás y lo que pretendían en el colegio con los chicos. En cada reunión que había entre amigos, mi padre decía: “Lo que tenemos que hacer la siguiente vez que vengan es que nadie se asome a la plaza, nadie. A ver qué nos van a hacer, así se cansarán y se largarán”. Algunos escuchaban e iban a contarle al “camarada José”: “Don Olimpio está tomando con tal y tal, y están hablando así”.

Entonces los terroristas pusieron espías en los lugares de reunión de mi papá y sus amigos. El dueño de la cantina que frecuentaban formaba parte de los terroristas y les dijo: “¿Saben qué? Grábenlos”. Aquella vez existían las radiograbadoras con casetes y grabaron a mi papá diciendo vamos a hacer esto, vamos a hacer aquello. O sea, otra vez lo marcaron.

Una tercera vez fue cuando el hermano de mi mamá se casó y hubo una fiesta en la casa de mi abuelo, donde fue el matrimonio. Al día siguiente,

en el *curacabezas*¹⁰, apareció el “camarada José”, solo y con una metralleta. Ahora puedo decir que era una metralleta, pero en aquella oportunidad solo sabíamos que llevaba algo escondido entre la casaca y la espalda. Mi papá estaba un poco mareado, pero no estaba borracho. Había bebido sí, pero estaba consciente, razonaba bien y mientras la mayoría dormía la borrachera, mi papá que estaba conversando y cantando con mi abuelo –pues le encantaba la música, tocar su guitarra–, lo ve y le dice al “camarada José”, que entró sin avisar: “¿Y tú quién eres para que entres así? Toca la puerta, ¿no?”. Y el tipo le responde: “A ver, tú que te haces el valiente, ¿me vas a venir a decir que sabes de política?”. Y mi papá que estaba mareadito vuelve a hablar: “¿Y tú me vas a venir a decir que sabes más que yo? ¡De dónde diablos habrás salido! Eres un pobre diablo. Ni siquiera sabes de política. Así no se hace política. Tú vienes a decir que vas a llevarte a mis hijos a tus filas. ¡Estás equivocado! A los hijos de este pueblo no los tocas, de eso me encargo yo”.

10 El *curacabezas* hace referencia al último día de celebración del ritual de la herranza cuando se obliga al dueño del ganado herranzado a seguir bebiendo alcohol. En este caso, fue un día después de la celebración del matrimonio.

Y eso enfureció al “camarada José”. En ese momento salieron mi abuelo y mi tío que se acababa de despertar. Estaba tan molesto el tipo que, si no era por ellos, allí creo que terminaba de sacar su metralleta porque hizo el ademán. Mi papá seguía: “A ver, pues, a ver, ¿qué me vas a hacer? Ya estamos solos, tú estás solo, yo estoy solo. ¿A ver qué vas a hacer?”. Nosotros entramos en susto y yo empecé a gritar, luego mi primita. “¿Qué pasa!”, gritaron mi abuelo, el papá de mi mamá, y mi tío. Entonces, como él estaba solo, no le quedó otra más que voltearse e irse: “Bueno, ya vamos a ver”. No dijo nada más y se fue.

En esa época no había policías, no existía comisaría. Antes del asesinato de mi padre, las quejas de la gente del pueblo eran ante sus propias autoridades, ante el juez de paz.

Después del último enfrentamiento de mi papá con el “camarada José”, comenzaron a aparecer notas anónimas en mi casa diciéndole que mejor se desaparezca del pueblo, que cierre la boca o que si no ya vería lo que les pasa a los perros soplones del Estado. Mi papá se encaprichó más. A pesar de ser

chiquita, yo estaba con miedo, asustada y pensaba que le iban a pegar, pero no al punto de matarlo. Mi mamá le lloró, incluso mis hermanos, mi hermana mayor le lloró y un día le pidió: “¡Papá, vámonos!”.

“ Mi mamá también le dijo: “¿Sabes qué, Olimpio? Mejor vámonos porque esto no está bien”. ”

“Esto es más de lo que creemos. Estos ya vienen, esto no va a ser tan simple. Mejor vendamos nuestras cosas, vámonos”.

Y mi papá respondió: “No, no nos vamos. Yo no sé qué cosa va a tener que pasar, pero no nos vamos de acá. No vamos a cambiar nuestra vida por ellos”. Es en ese momento que mi hermana se pone a llorar y le dice: “Papá, ¿cómo hablas así?, piensa bien”. Al

ver a mi hermana y a mi mamá llorando, todos nos pusimos a llorar. Creo que mi papá también se asustó con nuestra actitud.

Desde ese día en adelante mi papá estaba cada vez más preocupado y silencioso, y empezó a decirnos cosas como: “Si me pasa algo, esto es lo que tienen que hacer”. Nos daba directivas como si supiese lo que le esperaba.

...

EL ASESINATO DE OLIMPIO
JÁUREGUI (26 DE NOVIEMBRE
DE 1983)

El 23 de octubre es el cumpleaños de mi hermana Liliana. Ese año de 1983 cumplió 15 años. A mi papá eso le daba muchísima ilusión. Él quería para nosotros lo que él y sus hermanos no habían tenido: “Mi hija cumple 15 años y voy a hacer una fiesta”. Pero para eso ya había ocurrido el encuentro de mi papá con el “camarada José” y aunque emocionalmente nadie en la casa estaba bien, él insistía: “Los 15 años de mi hija los voy a celebrar como lo he pensado”.

Para esto mi tía, la hermana de mi mamá, viajó desde Lima a Sorás con el pedido que mi papá le había hecho: llevar el vestido de cumpleañera para mi hermana. Y efectivamente, llegó el día y se hizo la fiesta. No nos dimos cuenta de que entre los asistentes había muchachos desconocidos, que se presume pertenecían al grupo de terroristas. Nos venían siguiendo de cerca, al igual que a las otras dos personas que fueron detenidas con mi padre (CVR, 2003, tomo IV, p. 38; Alvarado Lopera y Sandón Pérez, 2021: 47).

La noche anterior al 26 de noviembre de 1983, mi padre llegó muy triste de la chacra y ninguno de nosotros comió bien, contagiados de su angustia. Así nos acostamos y despertamos de madrugada, al oír los gritos de mi madre pidiendo que no se llevaran a mi padre. Esperamos a que los intrusos se fueran para poder salir. Al hacerlo encontramos a mi mamá desesperada en el corredor. Ella le dijo a mi hermana mayor: "Liliana, el bebé está durmiendo. Fíjate en el bebé". "Pero, mamá, ¿qué ha pasado? ¡Mi papá! ¡Mi papá!", gritábamos nosotros. "No ha pasado nada. Están yendo a la plaza. Yo ahorita voy tras él, no se preocupen, pero el bebé, por favor, el bebé".

Cuando amaneció el 26 de noviembre yo salí, tenía que ir a ayudar a mis abuelos que iban a regar su chacra para sembrar. Aunque estaba asustada y preocupada, yo debía cuidar el agua que está en un estanque porque, si no, algún vivo la podía desviar para otro lado. Les conté a mis abuelos lo que había pasado, pero ellos estaban más pendientes del tema del riego. Así que mi abuela me preparó un pomito con mi Quaker [avena] para que no me demorara tomando desayuno y me dejó en la toma del agua, al pie de una piedra. De pronto, no sé, es algo que

yo no puedo explicar, solo tenía ganas de llorar, y apenas era una niña de nueve años. Lloré tanto que me quedé dormida junto a la piedra.

Entonces escuché tres ruidos, hasta ese momento jamás había oído el sonido de una bala.

“*Desperté
y pensé: “Algo le ha
pasado a mi papá”.*”

Estaba inquieta, no paraba de llorar, pero a la vez no podía abandonar lo que estaba cuidando. Pasó como media hora y de pronto se apareció un vecino de mi abuelo que me reconoció y me dijo: “Hijita, ¿qué haces acá?”. Le expliqué y él me habló en quechua, como si yo no entendiera: “Pobre inocente, no sabes qué es de tu padre y que él ya no está”. Se persignó y se fue. Ahí no más llegó mi abuela para decirme que teníamos que volver a la casa y yo le

pregunté en quechua: “Mamá (porque a ella también le decía mamá), ¿qué ha pasado con mi papá?”. Ella respondió: “Tú papá tiene una herida y ya va a mejorar”.

Y yo iba llorando, pero mi abuela no me dejó que fuera de frente a mi casa, sino que primero recogiera de la suya un balde de habas peladas para llevarle a mi mamá. “Tu mamá tiene que cocinar para mucha gente. Llévate esto”, me dijo. Entonces agarré el baldecito y me fui lo más rápido que pude.

Una cuadra antes de llegar a la plaza de armas vi al “camarada José” y a su segundo, al que llamaban “Richard”, era su apelativo. Los vi en la esquina y dentro de mí decía: “Que no me vean llorando, porque me pueden hacer algo”. Me calmé yo misma, me tranquilicé y seguí caminando. Cuando pasé frente a ellos, “Richard” me reconoció y le dijo en quechua a su jefe: “Esta mocosa es la hija de Olimpio”. “José” se sonrió, se agachó y movió la cabeza. A la altura del Concejo encontré tres charcos grandes de sangre que jamás en mi vida había visto. No había gente en la calle. Seguía pensando: “Algo le ha pasado a mi papá”. Me fui corriendo a mi casa llorando, llorando.

Cuando llegué, había gente entrando y saliendo. Fui de frente a la sala y mi papá estaba echado sobre la mesa, tapado con una sábana. Nadie se dio cuenta de mí, era muy chiquita; la poca gente que había en el velorio estaba concentrada en mi mamá y en mis hermanos mayores. Nadie reparó en mí y, cuando se dieron cuenta, yo ya estaba levantando la sábana para ver si, efectivamente, mi papá estaba herido. Empecé a llorar a gritos: “Mi abuela me ha dicho que no estás muerto, que solo es una herida, te tienes que levantar”.

Ahí es donde se acercó mi padrino y me dijo: “Hijita, tu papá está muerto, ya no te escucha”. Salí y mi mamá me abrazó. “¡Mamá! ¿Qué ha pasado?”. “Hijita, a tu papá le han disparado”. No lo entendía, mi papá estaba muerto. Entonces mis hermanos me contaron: “Cuando te fuiste donde los abuelos, nosotros fuimos a la plaza a buscar a mi papá y a mi mamá, desobedeciendo a Liliana”. Los terroristas habían empezado a reunir a toda la gente en la plaza, con la misma dinámica de siempre: juntando a niños y adultos. Pero esta vez ellos decían: “Va a haber repartición de cosas. Acérquense, compañeros, que vamos a repartir todos los bienes de Cirilo

Escajadillo". Se refería a un comunero antiguo de Soras que tenía muchas cabezas de ganado y grandes cantidades de hectáreas. Se decía que él procedía de una familia de gamonales. Por esos días no estaba allí, se había ido a Puquio.

Luego realizaron el primer "juicio popular" de Soras. Sacaron a mi papá y a las otras dos personas que habían llevado. Uno era el juez de paz, Juan Miranda; el otro, que en ese momento no tenía cargo de autoridad, era el señor Jorge León. Tenían amarradas las muñecas hacia atrás con una pita y los ojos vendados con un trapo. Los llevaron hacia el centro de la plaza y los hicieron arrodillar, alrededor estaba toda la población. Al ver en esa condición a mi padre, mis hermanos empezaron a llorar y el "camarada José" ordenó que los colocaran delante de la multitud para presenciar el suceso. Y empezó el interrogatorio: "¿Es verdad que tú has hablado tal cosa en tal cantina?". Y así a cada uno de ellos.

Los "enjuiciados" ni lo negaban ni lo afirmaban. Mi hermano dijo que mi papá no agachaba la cabeza y que el señor León empezó a insultarlos: "Pobres ignorantes, ustedes vienen y quieren llevarse a

nuestros hijos; son unos muertos de hambre". También le dijo a "José": "Sácame la venda, maricón, y si me vas a matar, mátame mirándome a los ojos". El juez de paz no decía nada. Entonces le pidieron al alcalde que se acercara y le dijeron en quechua: "Oye tú, alcalde, el de la casaca azul, sal a ver de frente y dime cuál de estos perros fue el que te dijo que no nos hagan caso, que no se acerquen más, que no nos obedezcan durante las reuniones populares que tenemos; dime, pues, dime acá en su cara de ellos, cuál de estos fue".

Parece que el alcalde nunca pensó que el terrorista lo iba a delatar de esa manera, pero no se atrevió a decir nada. Entonces el señor León se dirigió al alcalde: "Eres un traidor, un maricón, cómo puedes traicionar a tu comunidad". Y eso fue todo. El "camarada José" le dio su revólver a uno de los suyos y le ordenó dispararle a mi padre. Al juez de paz se le paró un terrorista al lado que le puso un cuchillo en el cuello y al señor León también se le puso de frente un terrorista con revólver. El "camarada José" les dijo: "A la cuenta de tres disparen, y tú córtale el cuello". Mi papá, pese a que tenía los ojos vendados, se movió, se "cabreó" podría decirse y no le agarró la bala.

Mientras degollaban al juez de paz, el “camarada José”, enfurecido, le quitó el arma al chico que le tenía que disparar a mi papá y él mismo le pegó el revólver a la sien y lo mató. Mis hermanos salieron gritando de entre el público y toda la gente entró en pánico, algunos incluso querían salir corriendo.

“ Al ver la desesperación de la gente, los terroristas apuntaron a todos con sus armas para que nadie se acerque ni socorra a las víctimas. ”

Y como mis hermanos se habían dado a conocer, a ellos sobre todo no les dejaron acercarse. Después le pusieron un letrero a cada ejecutado donde escribieron, con su propia sangre: “Así mueren los soplones”. Al finalizar esa escena, el “camarada José” dijo: “Nadie entierre a estos perros soplones porque son perros servidores del Estado, soplones que

merecen pudrirse acá como perros que son. Nadie los entierre ni asista a su entierro, porque aquel que los levante va a morir de igual manera”.

Nadie habló. Las señoras lloraron disimuladamente y nada más. “Señores –siguió hablando “José”–, alégrese. Formen una fila india y vamos para la casa de Escajadillo, les repartiremos todo lo que hay ahí”.

Y, efectivamente, se llevaron a toda la gente arengando: “¡Viva la guerra popular, viva el marxismo leninismo, maoísmo, pensamiento Gonzalo!”. Pero los comuneros no iban voluntariamente, sino porque les estaban apuntando con las armas. Y les repartió todo: herramientas, platos, ollas, ponchos, cueritos. Todo lo que había. La gente se fue a sus casas, pero estaba asustada porque acababa de ver algo que nunca imaginó.

Mi madre, afortunadamente, no se había acercado en el momento de la ejecución. Se había quedado en la esquina de la plaza, en la casa de su hermana. A la familia de mi papá, a mi abuelo y a su hermano también se los llevaron, y aunque el puesto policial estaba cerrado, los encerraron en el calabozo que

ahí existía, junto a los familiares de las otras dos personas ejecutadas. Cuando los terroristas se fueron a repartir las cosas del señor Escajadillo, mi mamá corrió desesperada y buscó a las personas que pudiesen liberar a los que estaban en el calabozo, para luego poder ayudarse mutuamente y llevarse a los muertos a sus casas. El hecho fue que desobedecimos a los terroristas, recogimos a nuestros difuntos y los enterramos. A medida que iban pasando las horas, la mayoría de la gente reaccionó: “Pero ¿cómo hemos dejado que pase esto?”.

A Juan Miranda, el juez de paz, no llegaron a matarlo. No sé qué pasó. No sería su hora quizás y, si bien se desangró horriblemente, cuando lo llevaron a su casa empezó a dar señales de vida. De esto se enteraron el “camarada José” y su gente –porque una de sus compañeras se había quedado camuflada como parte de la población–, quienes fueron a la casa de este señor. Su familia lo estaba tratando de recuperar, pero no había a dónde llevarlo, no había hospital, no había nada cercano. Entonces “José” les dijo: “Para que no sufra le vamos a poner un medicamento”. La familia estaba tan asustada que no se opuso y le inyectaron no sé qué cosa.

El hecho es que el señor no falleció. Si no me equivoco, seis o siete días después, uno de sus hijos salió del pueblo a escondidas, avanzó hasta el acceso a Ayacucho y se comunicó con el resto de su familia para dar aviso de lo que había pasado. Sus parientes enviaron un helicóptero desde Lima para evacuarlo. Él vivió muchísimos años más. Ya siendo adultos pudimos preguntarle qué había pasado en ese espacio de tiempo que transcurrió desde que los llevaron al calabozo hasta que llegó la hora de la ejecución. Tuvimos suerte de que nos contara muchas cosas.

•••

**REACCIÓN Y DEFENSA:
EL ENFRENTAMIENTO DE LOS
SINCHIS CON LOS SENDERISTAS
EN SORAS (1983-1984)**

A raíz del asesinato de mi papá, mi tío –el cuñado de mi mamá– dio aviso a los *sinchis*¹¹ que se encontraban en Pampachiri, a cuatro horas de caminata de Sorás. Para esto, los terroristas que venían por esa ruta habían conquistado al 90 por ciento de esa comunidad ubicada antes de llegar a Sorás; la mayoría de estudiantes eran parte de las filas de Sendero, y los adultos también. Como había sido muy fácil convencerlos, no les hicieron nada, no mataron a nadie. Esto también lo sabían los *sinchis*.

La cosa es que pasados cuatro o cinco días de la muerte de mi papá, una mujer conocida de mi mamá le dijo: “Mire, tía, mejor váyase de Sorás. Agarre a sus hijos, a su papá, a su mamá, y váyanse, pues todos los que participaron en el entierro de su esposo serán asesinados el 8 de diciembre. Hay una lista en la que figura la mayoría de sus familiares. Váyanse”.

11 *Sinchis*: fuertes, poderosos en quechua. Unidad especial de la Guardia Civil de entonces, enviada a Ayacucho para reforzar los destacamentos policiales de la zona.

“ Ahí fue que nos enteramos de que el “camarada José” estaba planificando hacer una masacre en Soras e iba a asesinar a toda la gente que había desobedecido sus órdenes. ”

Había dejado a algunos de sus compañeros para anotar quiénes eran los que asistían a los velorios y entierros. La lista era larga. La mujer que le habló a mi mamá de estos planes le pidió que no dijera nada a nadie, que lo mantuviera en secreto.

Obviamente mi mamá se lo contó a su hermana y a su cuñado. Fue por eso que mi tío decidió avisarles a los *sinchis* no solo de lo que había sucedido, sino de lo que iba a ocurrir. Los militares¹² no confiaban en

12 Si bien Diana utiliza indistintamente los términos *sinchis* (policías) y militares del Ejército peruano, la CVR señala que un destacamento de *sinchis* se enfrentó con una columna de Sendero Luminoso en diciembre de 1983, terminando con la muerte de un subversivo (CVR, 2003, tomo IV, p. 38).

cualquiera. Mi tío sabía del riesgo que iba a correr: que no le creyeran y, posiblemente, que lo mataran. Por eso, y dado que la matanza se anunciaba para el 8 de diciembre, él salió hacia Pampachiri el día 7 por la noche. Además, como los terroristas siempre estaban vigilando nuestros movimientos, era mejor caminar de noche, para que nadie se diera cuenta. Mi tío partió en compañía de un muchacho de su confianza.

Cuando llegaron a Pampachiri de madrugada, los *sinchis* efectivamente no los recibieron bien. Le dijeron a mi tío: “¡Tú eres un ‘terruco’¹³ más! ¿Qué crees, que nos vas a engañar?”. Es más, lo sometieron a un interrogatorio e incluso le llegaron a pegar: “Habla, di la verdad”.

“ Mi tío llorando respondió:
 “Por favor, yo tengo hijos,
 tengo mi familia, estamos
 amenazados. ¡Nos van a matar,
 tienen que ayudarnos!”

¹³ Terruco: denominación peyorativa de terrorista.

Tanto rogar y rogar logró convencerlos. El *sinchi* que estaba a cargo le dijo: “Vamos a ir a escondidas por el camino de herradura, pero tú vas a ir delante de nosotros y tu compañero va a ir a la mitad del grupo. Cualquiera cosa, un mal movimiento, primero te matamos y luego moriremos, pero te matamos”. Y con esa consigna tomaron un atajo. Felizmente, antes de salir a buscar a los *sinchis*, mi tío había preparado a mi mamá, a mi tía y a mis abuelos: “Si me hacen caso, si los traigo, voy a venir por tal sitio, de manera que ustedes en el día vayan a trabajar a tal chacra, cosa que yo llego por ahí y va a ser muy fácil encontrarnos y coordinar”.

Efectivamente, nos fuimos a trabajar a una chacra que está a la salida del pueblo y al promediar las tres de la tarde vi a una persona de espaldas, con una chompa como la que usaba mi papá. Y yo justo estaba pensando en él, alucinaba que no había muerto y que en cualquier momento podía aparecer a buscarme.

Corrí hacia él y me di con la sorpresa de que era un militar (entonces yo no sabía cómo era un militar), una persona extraña con una chompa verde, un gorro negro y una cosa cruzada por la espalda que estaba,

de hecho, escondiéndose. No se imaginaba que una niña lo iba a encontrar ahí.

Regresé corriendo hacia donde estaba mi mamá y le dije: “Allá hay alguien. Seguro son ellos que nos están buscando. Allá están detrás de la pared”. Mi mamá se armó de valor, fue a ver y no encontró al militar sino a mi tío, quien la llamó entre susurros y le contó que estaba con un grupo de militares. Justo en ese momento llegaron los terroristas al pueblo y a través del megáfono dijeron: “Señores y señoras, niños y adultos, todos a la plaza, grandes y chicos, todos a la plaza”. Nosotros escuchamos a la distancia. También dijeron: “Va a haber una gran fiesta esta noche, van a comer chicharrón, mucha gente se va a divertir, acérquense todos. Ahora vamos a descansar, pero a las ocho de la noche deben estar todos en la plaza porque habrá una fiesta social. Todo aquel que tiene Petromax (lámparas), se acerca con su Petromax”.

Los militares se convencieron entonces de que todo lo que les había dicho mi tío era verdad y se dieron cuenta de que tenían que organizarse para atrapar al “camarada José” –es decir, a Víctor Quispe Palomino–, quien para esa fecha ya era conocido,

venía escapando de muchas emboscadas y los *sinchis* se la tenían jurada.

La idea era emboscarlos en su guarida que era la casa del señor Escajadillo. Esa casa era su cuartel, ahí vivían cuando llegaban. Normalmente los días se oscurecen gradualmente, pero ese día la oscuridad cayó temprano y no había luna. Siguiendo las instrucciones de los *sinchis*, mi mamá nos llevó a la casa de mi abuela que estaba a la salida del pueblo. Teníamos la indicación de quedarnos allí, así escuchemos lo que escuchemos, hasta que alguien en la puerta gritara y nos ordenara salir.

Nosotros no vivíamos con reloj, no teníamos acceso a la hora, solo calculábamos el tiempo. Los *sinchis* sí tenían reloj. Serían entre las siete de la noche, o unos minutos más, y ni sueño teníamos cuando sonó el primer tiro, seguido de muchos más: “pa, pa, pa, pa, pa, pa”. Balacera, bomba, balacera.

Todo esto duró hasta las dos o tres de la madrugada. No sabíamos qué había pasado, pero toda la noche fue así. Con el cansancio de niña, habré cerrado los ojos por un rato, pero cuando los abría seguía la

balacera. A eso de las cuatro apareció mi tío (el que había traído a los *sinchis*) para alegría nuestra, porque estábamos asustados y mis primitos lloraban: “¡Mi papá! ¡Mi papá!”. “Salgan, vamos, salgan, salgan a la plaza”, nos dijo.

Cuando llegamos a la plaza, lo primero que vi fue a un tipo tirado, muerto. Una escena horrible. Y todos, toda la población, rodeamos a los *sinchis*. El teniente nos explicó que la noche anterior, efectivamente, iba a haber una matanza y que gracias a Dios hubo alguien que les avisó y que por eso habían llegado hasta Sorás.

“Ellos son terroristas,
no se dejen engañar,
se van a llevar a sus hijos”,
nos advirtió el teniente.”

También nos dijo: “¿Por qué? ¿Por qué se quedaron callados cuando mataban a sus hermanos hace una semana atrás? ¿Por qué no se levantaron? ¿Por qué no les hicieron frente? ¿Por qué no dijeron nada? ¿Tan cobardes son?”.

Y a los hombres les dijo, a cada uno, de frente: “¿Tan maricón eres? ¿Cómo pudiste? ¿Cómo no dijiste nada? ¿Cómo no hiciste nada?”. Y algunos respondían: “Porque les tenemos miedo, porque están armados”.

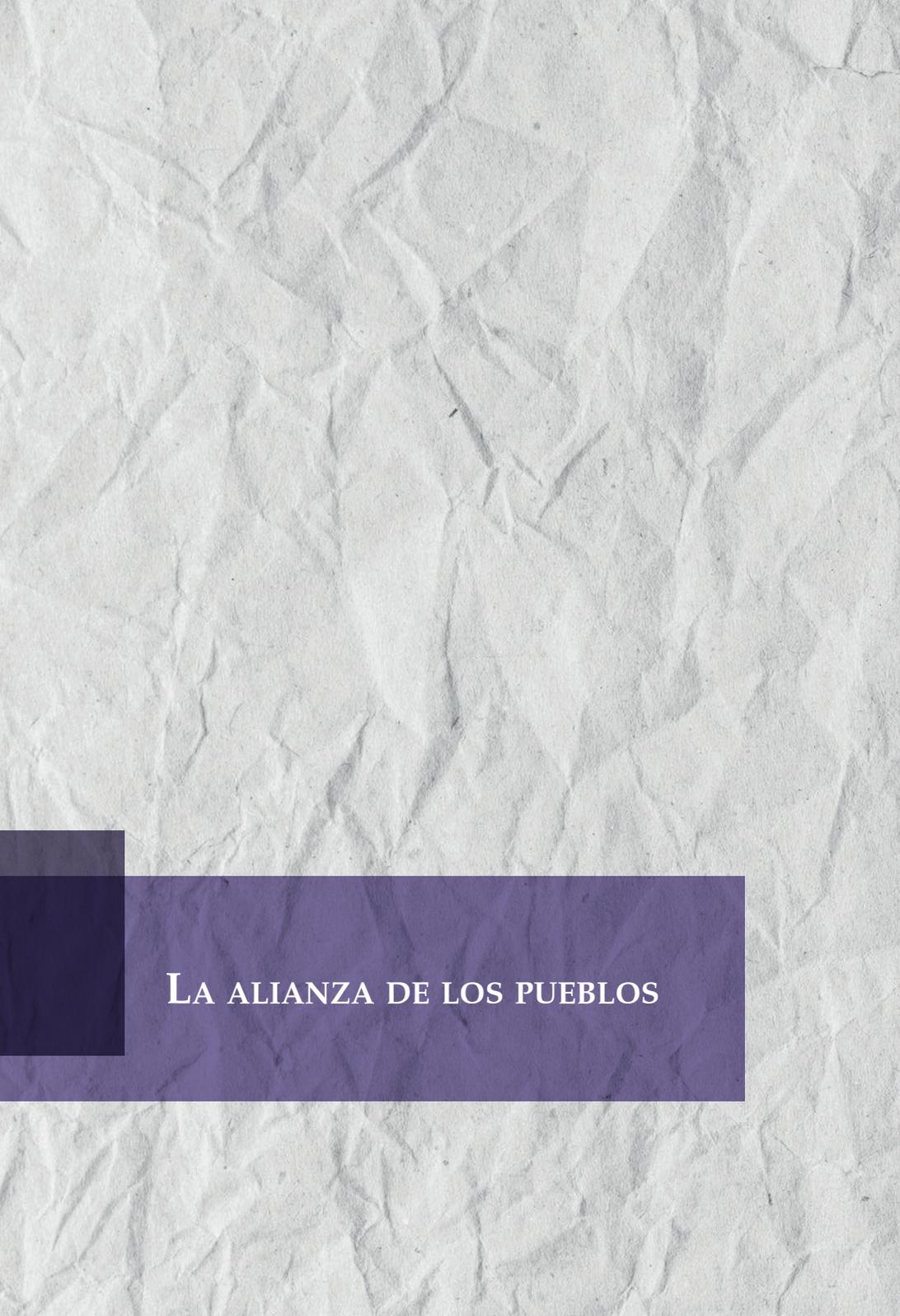
Con la llegada de los *sinchis* y el enfrentamiento que tuvieron, los terroristas que quedaron vivos huyeron y dejaron sus armas. Ahí nos enteramos de que todas eran de juguete. El único que tenía armas de verdad era el “camarada José”.

Después los *sinchis* nos dijeron que ellos iban a patrullar constantemente, que teníamos que organizarnos como ronderos y, al mismo tiempo, formar comisiones para pedir ayuda a Puquio, Ica, Ayacucho y Lima. Y que además debíamos exigir una base militar.

Con este acto, Quispe Palomino sentenció a muerte a Soras y temíamos por nuestras vidas, pero pasado un

tiempo la población reaccionó, aparecieron nuevos líderes, sobre todo familiares de los que fueron asesinados.

•••



LA ALIANZA DE LOS PUEBLOS

Después del asesinato de mi padre, todos los pueblos de la margen izquierda del río Chicha, encabezados por Soras, se reunieron e hicieron una alianza. Se formaron las rondas y se nombró a nuevas autoridades. Hasta ahora se tienen las actas originales de todos los acuerdos que se tomaron. Los militares solo venían a protegernos de vez en cuando y les plantearon a los ronderos vengar la muerte de sus líderes¹⁴. Los ronderos tenían que apoyar con la caballería montada y salir a hacer las redadas para buscar a los terroristas y emboscarlos. Sabíamos que había mucha gente ya conocida de la mayoría de los pueblos que había sido reclutada por Sendero Luminoso, sobre todo jóvenes varones.

Los *sinchis*¹⁵ pedían ayuda y se iban con los ronderos. Estos iban a caballo con sus hondas, sus piedras, sus cuchillos y por otro lado venían los *sinchis*. Los

14 En febrero de 1984 el Ejército instaló una base militar en Chipao, teniendo bajo su control el valle del Sondondo y el territorio de Soras (CVR, 2003, tomo IV, p. 38).

15 En esta sección, Diana utiliza indistintamente los términos *sinchis* y militares.

rostros de los terroristas que habían asesinado a las tres personas en Soras no las podíamos olvidar, sabíamos quiénes eran. Los *sinchis* nos habían dado una consigna: “Si ustedes por algún motivo saben por dónde está su guarida, vienen y nos avisan”.

Ellos preparaban a los ronderos para que vayan de noche y les avisen con señales de humo, también para acortar distancias, detectar ruidos y todo eso. Meses después, los ronderos se enteraron de que Quispe Palomino iba a entrar a asesinar a los pocos que se resistían en Querobamba, hoy provincia de Sucre, un pueblito donde la mayoría ya se había pasado a las filas de Sendero Luminoso, por lo que era una “zona roja”.

Ese día los ronderos habían acordado con los militares encontrarse en un determinado lugar para emboscar a los terroristas y no dejarlos escapar. Pero parece que hubo un malentendido y, finalmente, a la hora en que iba a empezar la emboscada los soldados que venían de Chipao casi atacan a los ronderos. Uno de ellos reconoció a un teniente y le dijo: “No, no, somos nosotros, por allá es que están huyendo”. Los ronderos y soldados perdieron tiempo y los terroristas

terminaron huyendo, unos hacia el río, otros hacia el monte y algunos hacia la puna. Pero lograron atrapar a dos de ellos.

Yo tenía nueve años cuando viví estos eventos y me acuerdo que amanecía con toda la belleza de la sierra, el cielo azul, el ruido de los pajaritos. Me sentía alegre, pero cuando llegaba el mediodía y avanzaban las horas me venía una preocupación horrible. Mi cuerpo empezaba a temblar y mi corazón se aceleraba. Mi hermanito menor y yo ya no sabíamos a cuál de las chacras ir a escondernos, a “dormir”, si eso era posible. Y eso era diariamente.

Pese a las rondas, las alianzas o lo que fuera, cada vez que podía, de noche o de día, Quispe Palomino dejaba banderas rojas en cualquier canto del pueblo, en cualquier chacra, o hacía pintas que decían: “Sorás va a desaparecer”, “Los voy a hacer chicharrón, los voy a hacer polvo”; ese tipo de cosas.

Entonces vivíamos en medio del terror porque sabíamos que en cualquier rato iban a entrar a matarnos, no solo a tales o a cuales, sino a todo el pueblo. Vivíamos traumatados, asustados.

Un día cuando nos fuimos al campo con mi tía –que tenía hijos de las mismas edades que nosotros–, nos agarró la noche en plena intemperie y al pie de una roca; supuestamente debíamos estar en silencio porque no sabíamos si los terroristas podían llegar por ahí también. En eso, la bebita de mi tía comenzó a llorar a gritos y de pronto sentimos pasos, eran pasos como de varones corriendo, y mi tía nos dijo: “¡Cállense, por favor, cállense! ¡Ya nos encontraron!”. Sentíamos que se acercaban más y más, y la bebé no paraba de llorar, así que todos empezamos a llorar pensando que nos iba a matar. Pero los que venían corriendo eran muchachos que como nosotros también estaban buscando un lugar donde esconderse. Ese tipo de cosas nos pasaba, esa era la vida que teníamos.

...

LA MASACRE DE SENDERO
LUMINOSO Y EL EXPRESO
CABANINO EN SORAS
(JULIO DE 1984)

Víctor Quispe Palomino estaba esperando la oportunidad para volver a Sorás. Ahora que pasaron los años y ya sé muchas cosas, me doy cuenta de que nunca dejó de estar al tanto de nosotros. En 1984, él y sus huestes atacaron el puesto policial de Cora Cora (Comisedh¹⁶, 2014). Ese día, los efectivos habían estado jugando un partido de fútbol y solo uno se había quedado al cuidado de la comisaría. Los terroristas llegaron, lo emboscaron y lo mataron. Se llevaron uniformes, zapatos, armamento y se vistieron de policías. En Negromayo tomaron por asalto el bus que estaba saliendo de Puquio para Sorás. Eso ocurrió el 16 de julio de 1984¹⁷.

Recuerdo que era un lunes alegre, como todas las veces que llegaba el bus. Traía cosas ricas, encomiendas

16 La Comisión de Derechos Humanos es un organismo no gubernamental (ONG) fundado en 1979 para la promoción y defensa de los derechos humanos en el Perú.

17 De acuerdo a Comisedh (2019), el bus secuestrado por los senderistas recorrió las localidades de Challapuquio, Badopampa, Doce Corral, Chaupihuasi, Tranca y Sorás. Asesinó en ese trayecto a muchas personas en represalia por la decisión de las autoridades campesinas de Sorás, Larcaj, Matarca, Atihuara, Paucaray, Paico, Sihue y Llancca de enfrentar a los subversivos.

que nos enviaban nuestros familiares, novedades. El Expreso Cabanino operaba en Soras desde hacía muchos años. El hecho fue que la mayoría de terroristas que salieron de Cora Cora en un camión que también tomaron por asalto, para interceptar al bus del Expreso Cabanino, estaban vestidos de militares¹⁸. Tenían armamento, “fals” [fusiles automáticos ligeros] y granadas, pero si uno se fijaba bien podía darse cuenta de que había algo raro: los que estaban en los asientos de adelante estaban vestidos de militares y los de atrás ya no; estos últimos tenían zapatillas de tela u ojotas, pantalones de civiles y no llevaban chompas. Cuando interceptaron el bus se pusieron pasamontañas y dijeron: “Nosotros somos militares, estamos buscando a los ‘terrucos’, los vamos a matar. Queremos saber si aquí hay algún soreño”¹⁹ (Comisedh, 2014).

Los soreños se identificaron muy orgullosamente con sus libretas electorales. A estos los separaron del resto y los ejecutaron. No les dispararon, sino

18 Cabe precisar que, en su testimonio, Diana utiliza indistintamente los términos policías y militares para referirse a los senderistas que cometieron la masacre en Soras.

19 La periodista Milagros Salazar (2010b), de Inter Press Service, estableció que participaron entre 30 y 40 miembros de Sendero Luminoso en el asalto al bus y las masacres de ese día.

que los mataron de la peor manera, con palas, picos y piedras. Solo dejaron en el bus a una soreña muy anciana, aunque mataron a su esposo que iba con ella. Ahí es cuando todos se dieron cuenta de que no eran policías. Los hijos de esa señora eran militares y tenemos versiones de que ella, mientras el bus seguía avanzando, lloraba y los insultaba: “Desgraciados, han matado a mi esposo, ya van a ver, mis hijos los van a matar a ustedes, mis hijos son militares”.

De tramo en tramo iba llorando y les decía eso. El bus siguió avanzando hasta llegar a unas estancias en las alturas, donde había muchos negociantes de lana de alpaca y de tintes [probablemente Doce Corral]. Un señor de apellido Condori, que era cusqueño, de Sicuani, al ver al bus lo paró para que lo “jalaran” hasta Sorás. Le abrieron la puerta, bajó uno de los terroristas, y el señor, que era joven y recio (luego supimos que había sido exmilitar) y que vivió para contarlo, escuchó que la anciana gritaba desde el fondo: “¡Es un ‘terruco’, es un ‘terruco’, ayúdanos!”. El terrorista le preguntó a su jefe²⁰: “¿Le disparo o qué hago con él?”. Y el jefe le respondió: “Mátalo”.

20 Es posible que se refiera al propio Víctor Quispe Palomino o “camarada José”, mando político de la zona de Víctor Fajardo y participante en la masacre de Lucanamarca (Salazar, 2010a).

El terrorista quiso pegarle con la base de su fusil, pero el señor Condori, que no tendría más de veintitantos años, reaccionó rápido, lo redujo y lo tiró al suelo. Los demás terroristas se lanzaron encima, lo golpearon, lo dejaron desmayado, pero no se quedaron tranquilos, agarraron una piedra y le chancaron la cabeza, dejándolo aparentemente muerto cerca de Chaupihuasi, un anexo de Soras. Sin embargo, sobrevivió, tras perder un ojo y pasar por muchas operaciones. El bus se dirigió a Chaupihuasi, donde todo estaba preparado, pues en esa época los maestros colaboraron mucho con Sendero Luminoso.

Antes del arribo del bus, la profesora del colegio convocó a todos los vecinos a “un compartir” y los juntó a todos en el salón más grande de la escuela. Solo los que tuvieron la suerte de no estar en ese momento en el pueblo sino en el campo, se salvaron de lo que sucedería. Niños, embarazadas, mujeres, varones, ancianos, todos lo que se reunieron en la escuelita esperaron a los supuestos “militares”. Estos bajaron del bus, se dirigieron al lugar de la reunión y les dijeron a los asistentes: “Nosotros somos militares. ¿Quiénes son los dirigentes? ¿Quién es el presidente de acá?”. Muy orgullosamente se identificaron y esto

bastó para que los terroristas cerraran la puerta del salón y asesinaran a todos con picos, lampas, hachas y piedras (Comisedh, 2014).

Después el bus siguió el viaje hacia Sorás, dejando muchos muertos atrás (Alvarado Lopera y Sandón Pérez, 2021: 48-49). Recuerdo muy bien que en mi pueblo era, en cierta forma, un día festivo porque las autoridades nos habían organizado para devolver el *ayni* a Chipao, cuyos pobladores, un año atrás, colaboraron con nosotros. Había cierta alegría, además, porque llegaba el bus. Y, en efecto, a eso de las siete y media de la noche sonó el claxon del Expreso Cabanino en la entrada del pueblo.

En esos momentos, mi tío era el alcalde (la misma persona que fue a pedir ayuda a los *sinchis* desde un inicio), jefe de ronderos y “agenciero”²¹. Se supo después que los terroristas obligaron a los dos choferes del bus y a su ayudante a manejar durante todo el trayecto y que, entrando al pueblo, los dejaron amarrados de manos y de pies dentro de la movilidad. Mi tía, la hermana de mi mamá, y mi tío,

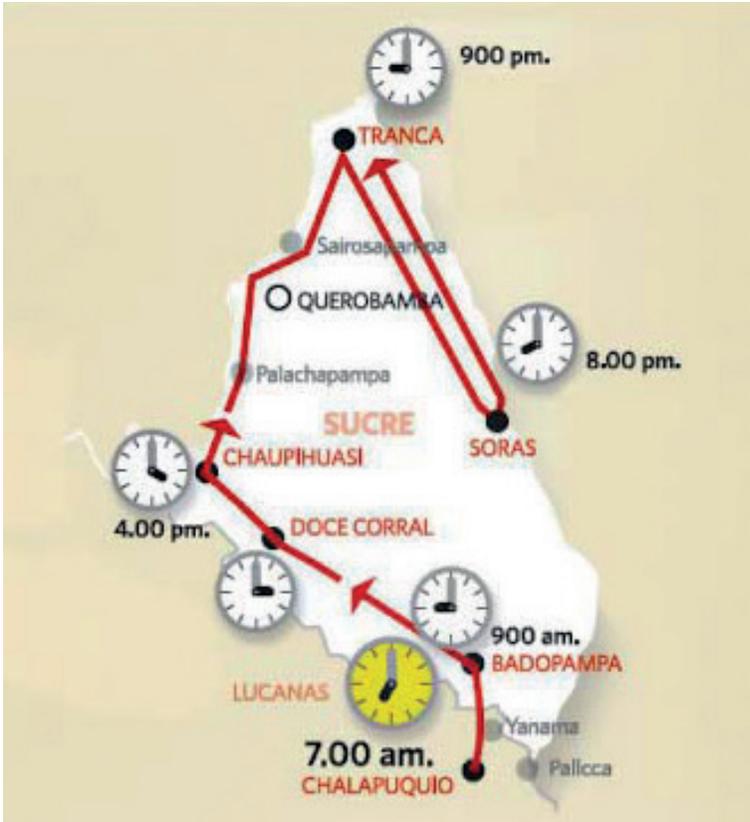
21 Los “agencieros” eran las personas que atendían las agencias del Expreso Cabanino en diferentes comunidades y estaciones.

estaban organizando apuradísimos a los ronderos para ir a Chipao. Nosotros estábamos entusiasmados con la llegada del carro y escuchábamos el claxon, pero el bus no aparecía. Pensamos entonces que estaba pidiendo ayuda y los ronderos fueron a darle el alcance en fila india, con mi tío a la cabeza, pues en ese momento era el líder.

Cuando los ronderos salieron por la carretera llegaron a un tramo que se llama Accolla, ubicado a la altura de algunas casas que están en la entrada del pueblo y del colegio. Allí vieron que se acercaba una fila extensa de gente. En eso, uno de los ronderos sintió que se le aflojaba el estómago y decidió meterse a la chacra. Los que siguieron avanzando vieron que eran militares. Pensaron que se trataba del teniente y sus soldados que nos habían visitado el día anterior, pero que se habían tenido que ir a Paucaray, pues les habían avisado que había terroristas allí.

Entonces, a gritos, los ronderos preguntaron: “Teniente ¿es usted quien viene ahí?”. Y el líder del grupo²² respondió: “No, soy el capitán tal, somos los militares que venimos a dar alcance al teniente ‘Águila

22 Es posible que nuevamente se refiera al “camarada José”.



Recorrido de la unidad del Expreso Cabanino secuestrado por los senderistas.

Fuente: Comisedh - *La República* (2011).

Negra''' [así llamaban al teniente que en la tarde se había ido a Paucaray]. Y agregó: "Hemos quedado en reunirnos con él acá". Los ronderos dijeron: "Ah, jefe, igual vamos para el pueblo y allí lo esperan, se ha ido a Paucaray, pero seguramente en cualquier momento regresa".

Así que todos tranquilos se dirigieron al pueblo. Mi tía estaba en la agencia con sus hijitos esperando que llegue el bus que, supuestamente, su esposo y los ronderos habían ido a dar el alcance. La agencia estaba ubicada en una esquina de la plaza. Por algún motivo, mi tía empezó a sentirse mal, preocupada, asustada; peor cuando vio la larga fila de “militares”²³ y, más todavía, cuando mi tío llegó todo ajetreado a pedirle la llave del Concejo. Ella le dijo: “Pero no, Jorge”. “No te preocupes, son militares”, le respondió él. A mi tía no le quedó más remedio que darle la llave para que los hospedara allí hasta que volviera el teniente que estaba en Paucaray. Pero no se quedó tranquila y fue por la puerta que da a la otra calle. En la fila creyó reconocer a Quispe Palomino, a pesar de que estaba con pasamontañas. Siguió aguitando y reconoció también a un joven soreño que hacía tiempo se había ido a Lima.

Entonces mi tía pensó: “No, definitivamente no son militares”. Y supo, además, que su esposo estaba corriendo peligro. Entró a la casa y sacó a sus hijos del dormitorio. Felizmente había varios cuartos, uno

23 Como señalamos, Diana utiliza de forma equivalente los términos policías y militares en su narración.

de ellos con tres camas que eran para los choferes del bus que descansaban ahí. A mi tía se le ocurrió desordenar esas camas, como que los que estaban durmiendo ahí se hubieran levantado. Sacó solo a una de sus hijas de otro cuarto porque los demás estaban durmiendo, cerró la puerta con candado y se fue a la chacra contigua a la casa.

Entonces todos escuchamos –yo escuché desde mi casa, con mi mamá– dos gritos infernales de un varón: “¡Auxilio! ¡Auxilio!”. Y luego una ráfaga interminable de balas: “pa, pa, pa, pa”. Paralelamente se oyó que mucha gente corría y saltaba en el segundo piso del Concejo, que era todo de madera. “¡Ya mataron a mi esposo!”, pensó mi tía. Ella seguía con su hija pequeña en la chacra contigua, rogando que la pequeña no hiciera bulla. Siete minutos después, más o menos, los terroristas entraron a su casa a buscarla. Encontraron una puerta con candado y en la otra las camas desordenadas: “¿Dónde estará?”. Ellos estaban contra el tiempo, pues sabían que en cualquier momento podían regresar los verdaderos militares y tenían que hacer las cosas rápido. Se fueron entonces por la carretera. Mi tía estaba escuchando todo, notó que se iban, pero llevando a alguien a quien golpeaban:

“¿Ese no es Jorge, mi esposo? ¿Esas quejas no son de él?”. Él les decía: “¡Maricones! ¿Por qué no pelean como hombres?”. No sabemos qué le preguntaban, lo más probable es que le pedían revelar dónde estaban tales y cuales personas. Y él seguía: “Mátenme, no les voy a decir. Yo soy soldado”. Pero no era mi tío, sino el teniente gobernador señor Atequipa, a quien los terroristas golpearon y dejaron agonizando.

Mi tía llegó a nuestra casa con mi primita y llorando le dijo a mi mamá: “Olinda, ¿sabes qué? Ya lo mataron a Jorge, eran los terroristas, yo estoy segura de que eran ellos. He escuchado todo lo que ha pasado, pero no sé, más bien, qué habrá pasado en el Concejo porque nadie más salió. Se llevaron incluso a alguien en sus filas, pero no sabemos a quién”.

Era ya las once o doce de la noche cuando fuimos a buscar a mi abuelo y le contamos: “Papá, ya los han matado”. A eso de las cuatro de la mañana, mi abuelo se armó de valor y dijo: “Yo voy a entrar, si no lo hago ¿quién lo va a hacer?”. Nos acercamos a la plaza. Yo no quise quedarme con las ganas de saber lo que estaba pasando y me agarré del poncho de mi abuelo, iba atrás de él. A tres metros de distancia del

Concejo divisamos el río de sangre que chorreaba por los espacios de la madera del segundo piso. Eso es algo que jamás olvidaré (Comisedh, 2014).

Entramos y mi abuelo vio a un montón de gente tirada en el piso del Concejo, ya no sabíamos quién era quién. Mi abuelo buscaba: “¡Jorge! ¿Dónde estás?”. Miraba un cuerpo, miraba otro. Sus caras estaban deformadas, golpeadas o destrozadas por las balas. Al final, por el color del poncho que llevaba mi tío, mi abuelo determinó que él estaba entre los muertos. Le fue difícil reconocerlo porque, aparentemente, antes de dispararle, lo habían golpeado y tenía la cara hinchada.

Cuando mi abuelo salió había mucha gente y las señoras que estaban alrededor del local le preguntaban en quechua: “¡Papá! ¿Está mi esposo?”. Y mi abuelo se quedaba en silencio. Todas deducían que sus esposos estaban muertos. En una de esas, una pariente de nosotros, la esposa del rondero que se había metido a la chacra porque se le aflojó el estómago, como les conté hace un rato, preguntó: “Tío, dime, ¿está Feliciano allí?”. Él respondió: “¡No, no está!”.

Los poquísimos hombres, más que nada muchachos y ancianos, que se juntaron para alcanzar a los militares que se habían ido a Paucaray, se enteraron por medio de este rondero sobreviviente que los terroristas habían golpeado al teniente gobernador y lo habían dejado por ahí. Fueron a buscarlo por la carretera, pero se encontraron con un escenario aún más malo. En las tres casas que estaban a la salida del pueblo habían asesinado a las familias enteras, solo dejaron vivo a un joven de 16 años y a una niña de 9, que se había escondido debajo de la cama.

También encontraron a una señora agonizando y la trajeron a la plaza. Al teniente gobernador lo hallaron ya muerto. Precisamente en esos momentos llegó el militar que se había ido a Paucaray con sus soldados; los chicos que habían ido a darles el alcance les contaron lo que había pasado.

Era un escenario indescriptible. Llorabas, pero ya ni lágrimas salían. Mi cuerpo me temblaba todo el día, no había nada que me calmara. Era horrible, desgarrador, mirar las caras de las señoras. No había cajones para enterrar a tantos muertos. Mi abuelo y un señor que era minusválido empezaron a fabricarlos

con todo lo que encontraban. No terminaron de hacer los cajones para el velorio del día siguiente. La poca gente que quedó se trasladaba de un lado a otro, los perros aullaban. El pueblo olía a sangre. Fue realmente terrorífico y sabíamos que seguramente iban a volver e igual nos iban a matar a los demás (Comisedh, 2014).

El teniente “Águila Negra” –nunca lo voy a olvidar– pateaba y golpeaba las paredes. Se lamentaba: “¡Cómo me dejé engañar! ¡Qué huevón he sido! ¡Yo tengo la culpa!”. Se daba de cabezazos contra la pared.

“*Los terroristas habían matado a la mayoría de los habitantes de Soras.*”

Los militares correataron toda la noche de Soras a Chaupihuasi (cinco o seis horas de caminata), no tenían muchas herramientas para cavar huecos y



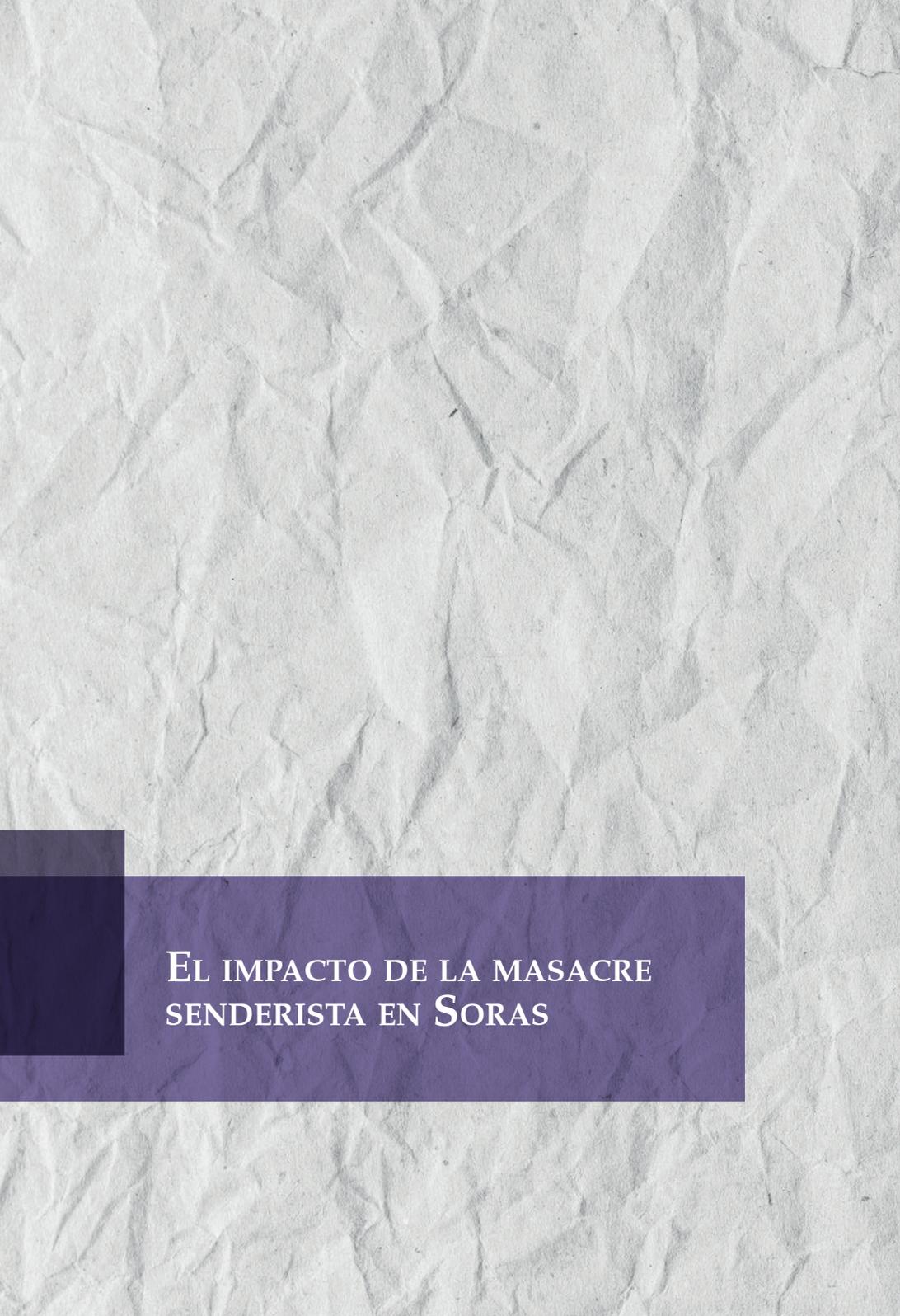
Entierro posterior a la masacre de 1984 en Soras.

Fuente: Archivo personal de Diana Jáuregui.

había que enterrar a los muertos en fosas comunes. Allí cavaban uno que otro hueco y trataban de poner la mayor cantidad de cuerpos. Pasado el tiempo, a las once o doce del día, les dieron aviso de que había una persona agonizando en la carretera: era Condori, el negociante cusqueño de lanas. Los del Ejército lo rescataron. El teniente se comunicó por radio con su base en Huamanga y avisó que había varias personas que socorrer. Vino un helicóptero y los llevó hasta allá. Eso fue lo que pasó el 16 de julio de 1984.

A la entrada de Sorás, los terroristas liberaron al resto de los viajeros de los otros pueblos que venían en el bus del Expreso Cabanino, ellos retornaron a sus comunidades a esconderse. Mientras tanto, los choferes se quedaron amarrados adentro hasta que los senderistas volvieron, los desataron y luego los obligaron a volver al mismo lugar donde los asaltaron. Ahí se bajaron e hicieron pintas en el bus: “¡Viva la lucha armada! ¡Viva Abimael Guzmán!”. Los golpearon y les dijeron: “Ustedes van a ir a Puquio y se van a presentar en la base del Ejército. Queremos que vean y sepan lo que hemos hecho”. Y efectivamente, eso fue lo que hicieron.

•••



EL IMPACTO DE LA MASACRE
SENDERISTA EN SORAS

Se estima que en la masacre de Chaupihuasi murieron unas 117 personas entre adultos y niños. Digo se estima, porque perdimos la cuenta al sumar a todos los asesinados. Primero decían una cantidad, pero luego se encontraba un cuerpo más y otro más en tal y cual fosa. Por eso se presume que fueron aproximadamente 117 (Comisedh, 2014). Se dice que en Sorás mataron a unos 64 soreños. También a otras personas en las casitas a la salida del pueblo, algunas estaban de visita esperando a sus familiares que llegaban en el bus. No se encontraron sus cuerpos y hubo una teoría que decía que se los llevaron dentro del bus, pero el chofer lo negó.

Las rondas campesinas de Sorás se mantuvieron activas después de este episodio del 16 de julio de 1984, pero todos seguíamos muy asustados. Amanecía y era para llorar. Veíamos a cualquier persona extraña y empezábamos a correr. La gente ya no sembraba en sus chacras, los que podían irse a la costa lo hacían por escalas, pues ya no llegaba el bus. Los profesores

no volvieron más. Y los alumnos que terminaban la secundaria se dedicaron a enseñar al reiniciarse las clases. La educación, de lo buena que era, pasó a ser malísima. ¿Qué puede enseñar un alumno egresado de secundaria?

Creo que Antonio Pozo, uno de los choferes testigos de la masacre, falleció el año pasado²⁴, ya mayor. Aquella vez, él dijo: “Yo no tengo nada que ver, a mí me han obligado, no quiero decir nada más por mi seguridad”. No quiso colaborar en casi nada. Otro de los choferes jóvenes volvió a Soras con su ayudante y pidieron perdón en la plaza de armas. Contaron que los forzaron, que ellos no tenían la culpa, y después siguieron operando. Continúan yendo a Soras, aunque la empresa ha cambiado de nombre. Ahora es Empresa de Transportes Expreso Cabanino S.A. (ETECSA)²⁵.

Luego de todo esto, seguían apareciendo pintas, incluso en la casa de mi tía. Los terroristas decían que iban a volver y que iban a hacer polvo a Soras. A cada patrulla que llegaba le rogábamos que no se

24 La entrevista fue realizada en el año 2020.

25 De acuerdo a la consulta RUC en la Superintendencia Nacional de Aduanas y de Administración Tributaria (SUNAT), ETECSA fue inscrita el 21 de abril de 1993.

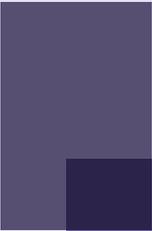
vaya. Mis amiguitos, mis abuelos, mis hermanos, nos agarrábamos de los soldados y les pedíamos que por favor no nos dejaran. Y créanme, los soldados a pesar de que no nos conocían se iban llorando. ¡Les dábamos tanta pena!

Actualmente me encuentro con asociaciones de víctimas, con muchas personas de la sierra, huérfanas, y en su mayoría se quejan de los militares porque han vivido aterrados entre estos y los terroristas. En Sorras no pasó eso. Allí los *sinchis*²⁶ eran personas maduras, sensibles y muy preparados. Cuando por fin nos pusieron una base militar, sus integrantes eran unos señores.

Me acuerdo mucho, por ejemplo, del capitán cuyo apelativo era Oblitas, tendría 25 o 26 años. Era un muchacho que empatizaba mucho con la población, al igual que sus subordinados. Cuando se dirigían a los niños lo hacían delicadamente. Jugaban con nosotros y nos dedicaban calidad de tiempo. Nos decían: “¡Ya, chicos! ¿Mañana qué quieren hacer? ¿Quieren hacer pan?”. Y allá en la sierra, para los niños el pan era ¡uf! ¡qué delicia!, porque no se comía todos los días. “¡Sí,

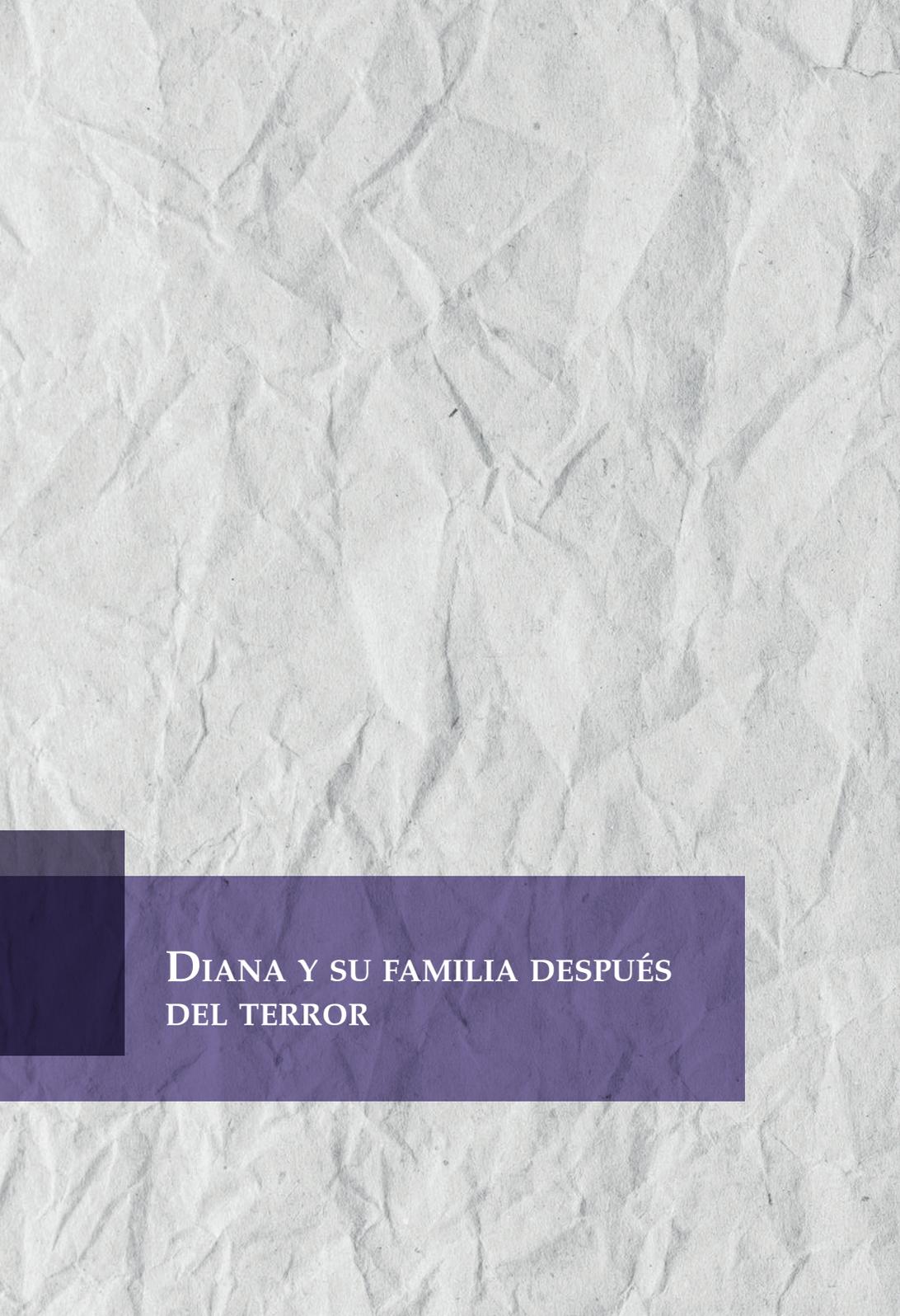
26 En este caso, es posible que Diana se refiera a miembros del Ejército.

queremos pan!”, contestábamos. “¡Ya! ¡Vengan a tal hora y van a aprender a hacer pan con tal soldado! ¡Además, traigan sus tazas!”. Y al día siguiente íbamos con nuestras tazas, hacíamos pan y lo comíamos calentito. Nos invitaban café o avena y jugábamos a la ronda. Ellos, de alguna manera, mitigaban nuestro sufrimiento. Ocupaban nuestros espacios de tristeza con alegría. Yo les tengo muchísima gratitud, ¡muchísima! Cuando nos enfermábamos, su personal médico nos atendía. De ahí fueron relevándolos con soldados cada vez menores y a finales de 1994, más o menos, los nuevos militares empezaron a cometer abusos, a robarnos, por lo que el pueblo pidió que se retire la base.



Las acciones de Víctor Quispe Palomino

Víctor Quispe Palomino, alias "José", es miembro de una familia ayacuchana de nueve hermanos, vinculada al Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso (PCP-SL) a partir de la década de los ochenta. Se conoce que, desde entonces, ha estado involucrado en múltiples masacres, asesinatos selectivos, torturas y secuestros. En 1999, tras la captura de Óscar Ramírez Durand, alias "Feliciano", "José" asume el liderazgo de la facción senderista que opera en el VRAEM (valles de los ríos Apurímac, Ene y Mantaro). En la actualidad, encabeza la agrupación terrorista que se hace llamar Militarizado Partido Comunista del Perú (MPCP) y está asociado con actividades del narcotráfico. Todos estos delitos los realizaba junto a sus hermanos Jorge (alias "camarada Raúl") y Marco Antonio (alias "camarada Gabriel"), quienes perdieron la vida en estos últimos años.



**DIANA Y SU FAMILIA DESPUÉS
DEL TERROR**

Como ya he dicho, nosotros somos cinco hermanos. Antes del 16 de julio de 1984, mi mamá mandó a Lima a mis dos hermanos mayores. Con ella nos quedamos mi otro hermano, que también es mayor que yo, y el bebé. Después de todo lo que nos sucedió, nuestra vida estaba destruida. Mi padre tenía claro que la única forma de salir adelante, de progresar, era la educación; trabajaba mucho para eso, él no tenía herencia ni nada. Empezó su hogar de cero y para 1983 ya tenía sus ganaditos y decía: “Dos años más y vendo mis once toros, con eso empiezo”. Pero mi papá fue asesinado.

Luego de eso, algunos íbamos a la estancia porque teníamos que ver a los animales, pero la dedicación no era la misma. Nuestros animales empezaron a morir, llegaron las enfermedades y la sequía, no teníamos los medios para atenderlos como se debía.

No había plata. Mis hermanos vivían en Lima con una tía y mi mamá no quiso estar más tiempo separada de



Viviana depositando flores en la tumba de su esposo Olimpio (2017).

Fuente: Archivo personal de Diana Jáuregui.

ellos. Así que, en 1986, decidimos venirnos todos a la capital.

Iniciar una vida nueva para una viuda con cinco hijos no fue fácil. No teníamos familia acá, ni casa, ni nada. Fue muy complicado para mi mamá que hizo todo lo que pudo para sacarnos adelante. Terminamos el colegio a duras penas y mis hermanos empezaron a trabajar desde que estaban en secundaria. Fueron los años difíciles del “paquetazo”²⁷ (1990), de la

27 Se refiere a las medidas del presidente Alberto Fujimori (agosto de 1990) para estabilizar la economía tras la hiperinflación desatada por el gobierno de Alan García a finales de la década de los ochenta (*El Comercio*, 2019).

inflación. No logramos salir adelante completamente. Teníamos muchas capacidades, pero no pudimos estudiar ninguna carrera.

Pasaron los años, mi hermana mayor se enamoró y se casó. Mi hermano segundo también y luego los demás. Gracias a Dios somos gente de bien, nos “recursemos” en lo que podemos acá en Lima. Yo tengo mi casita, mis hijos, trabajo duro para sacarlos adelante junto a mi esposo, pero estoy segura de que si mi padre no hubiera tenido ese destino, mis hermanos y yo hubiéramos sido diferentes. Por eso digo que el terrorismo para mí, para mi familia y para mi pueblo fue lo peor que nos sucedió. Solo nos trajo desgracias y mucho sufrimiento.

...

**LA BÚSQUEDA DE VERDAD
Y JUSTICIA PARA SORAS: LA
JUDICIALIZACIÓN Y UN LUGAR
DE LA MEMORIA (2010-2020)**

En el mes de enero o febrero de este año [2020] se iba a abrir una de las fosas en Chaupihuasi para atender el caso de una madre que fue asesinada mientras daba de lactar a su bebé. Esta niña, que fue encontrada viva por los militares y ahora es adulta, quería ubicar el cuerpo de su madre, pero lamentablemente el proceso se detuvo porque uno de los familiares de las personas a quienes se buscaba, decidió no seguir, tuvo sus propias razones y dejaron la fosa a medio abrir.

Nuestras autoridades, los presidentes de la República, fueron muy ingratos con nuestro pueblo. Era prácticamente un secreto a voces lo que había ocurrido en Sorás, pero no pasaba de ser eso, apenas un comentario. El caso no estaba judicializado porque a nosotros, obviamente, nos interesaban más nuestras vidas, nuestra seguridad que ocuparnos en hacerlo. Nosotros éramos niños y mi mamá tenía miedo. Pasaron los años, nos convertimos en adultos y no hicimos nada. Las personas tenemos diferentes

formas de reaccionar y asumir las realidades. Es más, la mayoría de nosotros habíamos decidido olvidarlo y ya. Eso era lo mejor. Pero llegado un determinado momento, cuando tengo a mis hijos y me convierto en madre, cambié mi forma de pensar y entendí que no iba a estar bien si eso seguía así, si lo de mi papá no se judicializaba. No tenía su partida de defunción y toda la gente que murió en Soras seguía viva para el Estado²⁸. Entonces no pude más y empecé a buscar formas de quejarnos, de que nos escuchen. Tocamos diferentes puertas. En el 2010, la Comisedh llegó a Soras, ofreció el oro y el moro –porque esa es la realidad– y le dijo al pueblo: “Estamos muy interesados en tomar este caso, queremos que el mundo sepa lo que ha pasado acá y queremos que ustedes nos autoricen para judicializarlo, para que ustedes reciban una indemnización del Estado”.

Entonces la gente accedió, se organizó como una asociación por primera vez. Se les dijo que había que exhumar los restos “porque esa es la forma legal de hacer el reconocimiento, darles la partida de defunción y seguir todo el proceso”. Los deudos aprobaron la

²⁸ Posteriormente, el padre de Diana fue inscrito en el Registro Único de Víctimas con el código RUV P05001605.

Los pasos del proceso del caso Soras

Los cabecillas Osmán Morote y Margot Liendo fueron acusados junto a otros integrantes de la cúpula de Sendero Luminoso por la masacre de Soras en 1984. Aquí les mostramos el recorrido judicial del proceso.



2012



Noviembre

- La fiscal provincial de la Segunda Fiscalía Penal Supraprovincial de Ayacucho, Jhousy Aburto, formalizó una denuncia penal y pidió cadena perpetua para Abimael Guzmán, Elena Yparraguirre, Óscar Ramírez, Margi Clavo, Laura Zambrano, Osmán Morote y Margot Liendo, por ser autores mediatos de la matanza de Soras; y para Víctor Quispe Palomino como ejecutor material.

2013



Marzo

- El Segundo Juzgado Penal Nacional acoge la denuncia y abre juicio contra los miembros de la cúpula senderista siendo procesados por terrorismo agravado y homicidio cometido con gran crueldad. Las declaraciones de varios testigos presentados por la Procuraduría Antiterrorista sirvieron para el proceso.

Abril

- La Tercera Fiscalía Supraprovincial es la encargada de la acusación durante el proceso contra Morote y Liendo junto a la cúpula de Sendero Luminoso. En aquella ocasión, solicitó 25 años de prisión efectiva.

2018



Marzo

- Después de cinco años de iniciarse el proceso judicial, el caso Soras ingresará a la etapa de juicio oral. La Fiscalía formuló su acusación y subió la pena a 35 años de prisión.
- Luego de la imputación por parte de la Segunda Fiscalía Superior Penal Nacional, el Colegiado D de la Sala Penal Nacional realizará las diligencias del control de acusación, tras las cuales fijará la fecha del inicio del juicio oral.

Cronología del proceso judicial del caso Soras (2012-2018).

Fuente: Diario *Correo* (2018).

exhumación, pero pidieron que se hiciera lo mismo con todos los casos desconocidos, los de las fosas comunes, O sea, los casos de Chaupihuasi y los de Tranca. Sin embargo, les indicaron: “No, primero tenemos que ocuparnos de los que están acá, en el cementerio”. Y la población decía: “Pero ¿por qué los que están acá si nosotros sabemos quiénes son? Ya los tenemos debidamente identificados, no tenemos ninguna duda, ¿para qué exhumarlos?” No obstante, la Comisedh insistía en que era parte del proceso y finalmente los convencieron: “A cambio, les vamos a



Deudos del caso Soras junto a la congresista Marisol Pérez Tello (2015).

Fuente: Archivo personal de Diana Jáuregui.

hacer un mausoleo. Va a ser algo mucho más bonito”, les dijeron. Cosas así.

Mi tía y mi madre, que se encontraban solas allá en Sorás, en el 2010, nos comunicaron lo que sucedía. “¿Qué opinan ustedes? Quieren exhumar el cuerpo de su padre”. Y bueno, acordamos que sí, porque de una vez queríamos judicializar su caso, pero fue mentira porque lo exhumaron y supuestamente en un mes debían devolvernos sus restos. Un mes, dos meses, tres meses, medio año, un año, nada. Justo entonces, para suerte nuestra, mi esposo empezó a trabajar con una congresista acá en Lima. Llorando ya de tanta impotencia le comenté que se habían llevado los restos de mi papá a Huamanga y no había cuándo los devolvieran. Entonces él me dice: “Mira, yo sé que la congresista Marisol Pérez Tello es una persona muy buena, que se interesa mucho por estos casos, por este tipo de cosas. Su chofer es mi amigo, le voy hablar. ¿Tienes algo que le pueda ayudar?”.

Yo tenía un recorte de periódico en el que se comentaba lo de la exhumación. Se lo entregué y mi esposo se lo dio al chofer quien, a su vez, lo hizo llegar a la doctora. La verdad es que no teníamos muchas

esperanzas porque ya habíamos tocado muchas puertas acá en Lima. Pero finalmente la doctora se interesó y le dijo al chofer: “Quiero contactarme con estas personas, comunícate con ellas, cítalas en mi oficina”. Entonces fui y le conté todo lo que había pasado en Soras: “Pero ¿cómo? ¿Por qué no se sabe esto? ¿Por qué no se supo?”, decía ella, impactada con todo lo que le oyó de mi boca. “Mira, yo te creo, pero los trabajos que yo hago son oficiales y no puedo decir o hacer algo solo conociendo tu versión. Tengo que ir a constatar, tengo que investigar. Yo corro con mis gastos, ¿tú estás dispuesta a ir conmigo?”. “Sí –le dije–, estoy dispuesta, doctora”.

Y de manera particular, con su carro, un día cualquiera nos fuimos a Soras. Ella investigó, preguntó, se quedó espantada con todo lo que escuchó. Llegamos hasta Chaupihuasi, pese a que, en esa época, la carretera para Soras ya no pasaba por ahí. Cuando volvimos, la doctora realmente le puso punche al tema²⁹. Por medio de ella es que llegamos a Comisedh a exigir la devolución inmediata de los cuerpos que habían sido exhumados. Los entregaron e hicimos nuestro

29 Recuerda el apoyo de la secretaria de la doctora Pérez Tello y de “otra señora de gran humanidad [Martha Meléndez], que nos agarró cariño y nos redactaba los documentos”.



Inauguración del Santuario Ecológico de Soras.

Fuente: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos (2017).

entierro nuevamente en Soras. Ellos no cumplieron con todo lo que prometieron, pero ya para nosotros era suficiente con que nos devolvieran sus restos. Después, la doctora Marisol organizó una comisión de alto nivel para viajar a Soras.

El viaje se hizo realidad en noviembre de 2012. Aquella vez fue Víctor Isla, presidente del Congreso de la República, en representación del presidente Ollanta Humala. También viajaron el fiscal de la Nación, doctor José Peláez Bardales, el viceministro de Derechos Humanos José Ávila y varios congresistas,



Diana Jáuregui en la inauguración del Santuario Ecológico de Soras (2017).

Fuente: Archivo personal de Diana Jáuregui.

incluyendo a la doctora Marisol, que era integrante de la Comisión de Derechos Humanos y Justicia del Congreso³⁰ (*La República*, 2012).

Lo que ocurrió ahí fue un logro para mí. Y aunque fue muy duro volver a recordar todo lo que había sucedido, valió la pena porque por fin el doctor Peláez Bardales judicializó el caso. Con eso conseguimos

³⁰ El evento se realizó en la plaza de armas de Soras y también participaron los congresistas Ana Solórzano (NGP), Octavio Salazar (GPF) y Heriberto Benítez (SN), siendo recibidos por Denis Poma León, alcalde de Soras (Congreso de la República, 2012).

que nuestros padres sean reconocidos como difuntos, teníamos por fin sus partidas de defunción. Y ahí, públicamente, hubo una petición de perdón al pueblo de Sorás a nombre del Estado peruano que, para mí, fue muy significativa.

Gracias a Dios y a todo eso por fin se abrieron las puertas del Estado para Sorás; en el sentido de que, por ejemplo, para esa fecha, habían salido muchos beneficios sociales tipo Pensión 65, Cuna Más, Beca 18 e, increíblemente, Sorás estaba considerado como un pueblo que no era de pobreza extrema.

Por otra parte, el doctor Isla, presidente del Congreso, le preguntó al alcalde si tenía proyectos para Sorás o si es que habían trabajado algunos perfiles técnicos para mejorar la situación del pueblo. El alcalde le respondió que no. “Bueno, hazlo y tráelo para ver de qué manera, acá en el Congreso, los apoyamos”. Y, efectivamente, presentó varios proyectos; entre estos, la ampliación del suministro de agua y desagüe, el mejoramiento de pistas y veredas, y la ampliación del centro de salud. Lamentablemente, el alcalde hizo de las ejecuciones de las obras lo que quiso y en eso estamos.

Con la visita de esta comisión es que por fin se inician las reparaciones para Soras. Nosotros empezamos a luchar y a trabajar acá en Lima de la mano de la doctora Marisol. Asimismo, la Segunda Fiscalía Penal Supraprovincial de Ayacucho formalizó denuncia penal y pidió cadena perpetua para Víctor Quispe Palomino, “camarada José”, como presunto ejecutor material, y contra Abimael Guzmán y la cúpula senderista como presuntos autores mediatos de este crimen de lesa humanidad (*La República*, 2012). En el año 2014, el caso fue declarado complejo por el Poder Judicial (Comisedh, 2019).

“Desde el 2010 existe la Asociación de Víctimas del Caso Soras y a partir del 2012 yo la represento en Lima.”

Con el alcalde buscamos que Sorás fuera catalogado en el nivel que le corresponde, para que quedásemos habilitados y seamos beneficiarios del Estado, que nos había reconocido como víctimas con acceso a salud y educación. Exigimos que Beca 18 sea concedida a nuestros familiares y que además se amplíe el rango de edad para que nosotros mismos pudiéramos también beneficiarnos de ella. Conseguimos las dos cosas, que se amplíe la edad para los beneficiarios de la Beca Repared³¹ y, si queríamos, les podíamos ceder nuestras becas a nuestros hijos. Es más, las viudas también podían transferir este beneficio a sus nietos. Logramos, de este modo, que los ancianos efectivamente fueran por fin beneficiarios de Pensión 65.

Hay un lugar de la memoria en Sorás, impulsado por la doctora Pérez Tello. Inicialmente, Comisedh había ofrecido levantar un mausoleo; como no cumplieron, nosotros empujamos el carro, nos organizamos y

31 La Beca Repared es una beca integral exclusiva para las víctimas de la violencia, y cubre los estudios de educación universitaria y técnica en instituciones públicas o privadas de reconocido prestigio académico. Los exámenes son gratuitos. Para acceder a las becas, se debe presentar constancia de ingreso a un instituto o universidad elegible, certificado de víctima de la violencia y certificado de estudios básicos concluidos. Las convocatorias a estas becas pueden ser consultadas en Pronabec. Tomado de: <https://bit.ly/3BVu32l>

en constante comunicación con la gente de Soras – que, dicho sea de paso, son mis primos hermanos, prácticamente todos son familia–, por fin, en 2017 nuestro lugar de la memoria [Santuario Ecológico de Soras] se hizo realidad.

“*Después del ataque terrorista, la mayoría se vino a Lima o migraron a otros pueblos, y quedaron pocos soreños.*”

Al pasar los años Soras se repobló, la población empezó a crecer, pero con gente de pueblos vecinos que venían con más necesidades, se quedaban, hacían su familia y echaron raíces allí.

¿Cómo nació la idea de un lugar de memoria? En el 2012, cuando viajamos para la investigación de la doctora Pérez Tello, encontramos mucha indiferencia por parte de los pobladores, justamente porque la

mayoría no había nacido allí y no se identificaban con nuestra causa, con nuestro dolor. Por eso la doctora y su gente nos dijeron que había que hacer el lugar de la memoria trabajando con los niños, con los escolares, para que supieran y les quedara claro lo que había pasado en el pueblo. Lo construimos con materiales de la zona, piedras Checco, como les decimos allá. Se hizo una cruz muy grande y linda. También un jardín en el que cada arbolito tenía el nombre de cada uno de los muertos.

A la inauguración asistió la doctora Pérez Tello que, para entonces, era ministra de Justicia. Lamentablemente el lugar no duró mucho porque no fue fácil mantenerlo. Se tuvo que haber invertido dinero para cercarlo y para pagar a personal que se encargara de su cuidado permanente.

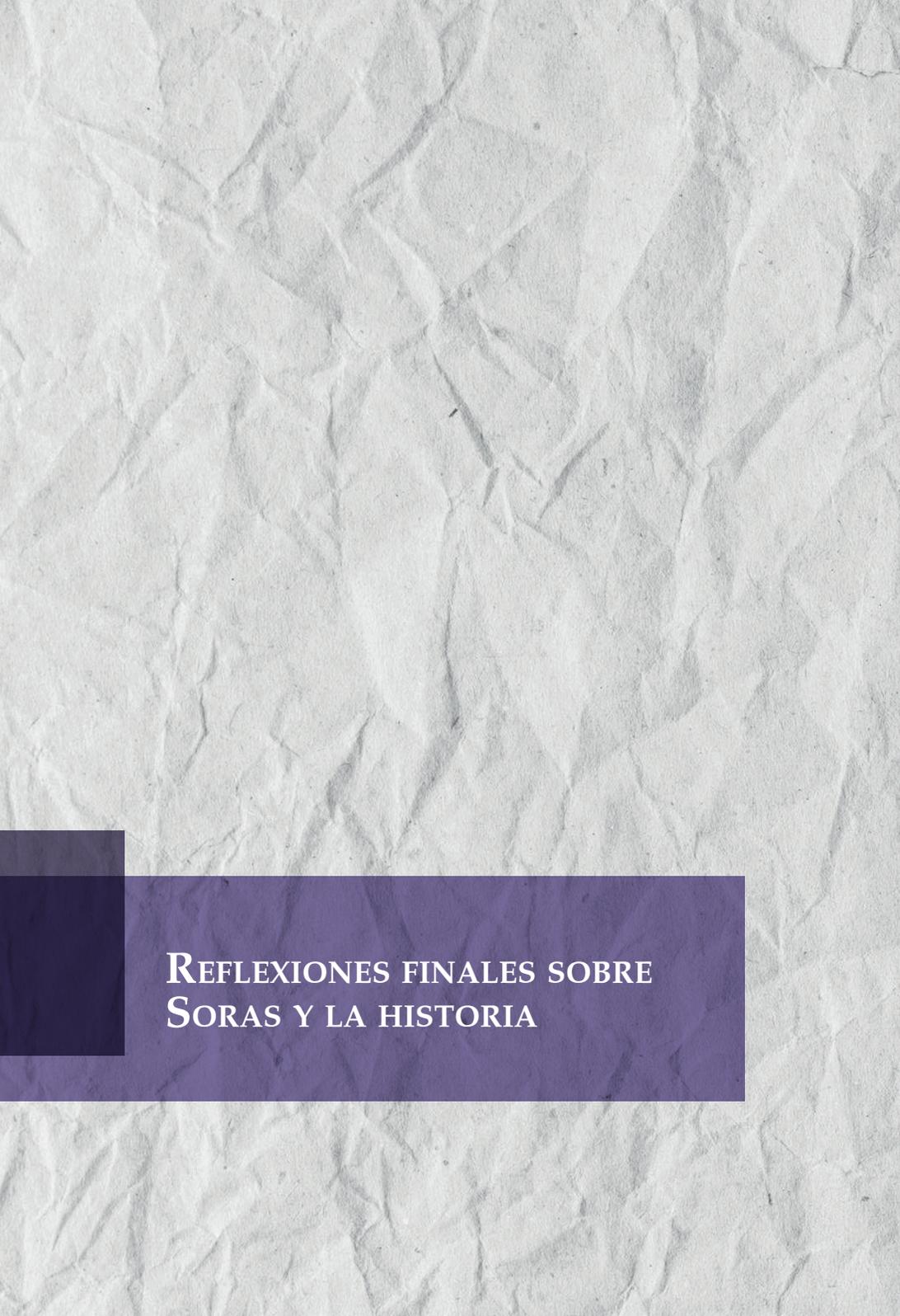
Por otro lado, para obtener los beneficios del Estado se requiere mucha voluntad política de los que están en ese momento representándonos. Si bien es cierto que conseguimos muchas cosas, lo hicimos a costa de mucha indolencia y de muchas tiradas de puerta en la cara. Recuerdo que un día, junto a tres personas más, representantes de la Asociación de Víctimas del Caso

Soras, tuvimos una cita con el presidente del Consejo de Ministros. No recuerdo ya cómo se llamaba el señor que nos atendió, pero desde el momento en que lo vi lo llamé “robot”.

“Buenas tardes, ¿a qué han venido?”, nos preguntó. Yo empecé a identificarnos y a contar la historia de Soras, pero ni siquiera nos miraba. Estaba más concentrado en su teléfono: “Ya, sí; ya, no; ya, bueno; no, yo no puedo resolver esto. Les tendré novedades, ¿me dan su número?”. Y nos despachó. Varias cosas como esas nos pasaron. Es verdad que hubo gente que colaboró, que nos ayudó mucho, gente buena, más que nada del equipo de trabajo de la doctora Pérez Tello, pero también hubo gente muy indolente.

Soras: un caso emblemático de lucha contra el terrorismo

La masacre cometida en Soras por el Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso (PCP-SL) constituye uno de los más atroces asesinatos perpetrado en Ayacucho por este grupo terrorista. La Comisión de Derechos Humanos (Comisedh) hizo público este caso desde el año 2010 con reportajes en diversos medios de comunicación, mostrando los severos efectos que sufrió la comunidad de Soras, en cuanto a desplazamiento, olvido e impunidad. Sin embargo, no fue el único crimen a esa escala cometido por el PCP-SL, pues a lo largo de los veinte años del período de violencia (1980-2000) las acciones subversivas se concentraron en el interior del país y enlutaron a Lucanamarca (1983), Soras (1984), Centro Tsomabeni (1989, en la selva central). En la década de los noventa sus atentados se extendieron hacia zonas urbanas e incluso a la capital, siendo una muestra representativa la destrucción y pérdida de vidas en la calle Tarata (distrito de Miraflores, 1992). De esta manera, Soras se convierte en una oportunidad para que muchas familias que perdieron a sus seres queridos encuentren justicia al sentenciar a la dirigencia senderista involucrada en este crimen de lesa humanidad.



REFLEXIONES FINALES SOBRE
SORAS Y LA HISTORIA

El retraso en mi pueblo es de dos generaciones, porque las personas que fueron asesinadas pertenecían a dos generaciones. Mientras crecían los niños, mi pueblo se quedó sumido en la pobreza, en el retraso. Nosotros, igual. Espero que el terrorismo no vuelva nunca más.

Cada vez que puedo y que tengo la oportunidad, si me invitan a lugares donde tengo que hablar de esto y para que les quede claro a los niños qué cosa es el terrorismo, lo hago, pese a que me pueda doler y que pueda meter el dedo a la llaga, lo hago. El terrorismo solo nos trajo desgracias y mucho dolor.

Soras debe ser reconocido como un pueblo heroico porque gracias a nosotros, varios terroristas de Sendero Luminoso están a la espera de sus respectivas condenas. También porque Soras luchó por su libertad y la del Perú³². No hubiera sucedido lo que sucedió si el Estado no se hubiera olvidado de nosotros. Pero se

32 El segundo número de *+Memoria(s)*, revista académica del LUM (2019) estuvo dedicado a las víctimas de la masacre de Soras. Puede consultarse en: revista02lum19_ok_1.pdf (cultura.pe)

olvidó y fue cómplice de la insania de esos enfermos que son Abimael Guzmán y Víctor Quispe Palomino. Sembraron el terror y desgraciaron la vida de mucha gente inocente, como mi familia, gente que como yo sufre la ausencia de sus seres queridos, de sus padres o de sus hijos a causa del terrorismo.

Nunca es tarde para contar y decirlo, para que el Perú sepa, para que el mundo sepa. Es preciso visibilizar nuestros casos para que las generaciones jóvenes lo entiendan así y para no exponer a nuestros hijos a que vuelvan a sufrir lo que nosotros hemos sufrido.

Les pediría a los jóvenes de ahora que lean, que investiguen, que no se dejen llevar por propagandas falsas en las universidades, que no se dejen contar cuentos. Lo que hubo en el Perú fue terrorismo, no conflicto [armado] interno. No hubo guerra interna, hubo terrorismo. Y el artífice principal de ese terror fue y es Abimael Guzmán³³.

Y hasta ahora Víctor Quispe Palomino, el “camarada José” sigue sembrando el terror en el Perú. Yo espero que un día por fin lo detengan y que pague su culpa.

33 Falleció el 11 de setiembre de 2021 cumpliendo su sentencia de cadena perpetua por el caso Tarata (distrito de Miraflores, Lima).

Solo le pido a Dios que en vida me dé el gusto de verlo en la cárcel.

•••

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Alvarado Lopera, Mauricio Osnar y
Jhonnathan Erick Sandón Pérez (2021).**

“Nivel de información en los jóvenes de 18 a 24 años sobre Sendero Luminoso en Lima Metropolitana 2021”.

Tesis para optar el título profesional de Licenciado en Ciencias de la Comunicación.

Lima: Universidad Tecnológica del Perú.

Canal N (2018).

“Caso Soras: fiscal solicita 35 años para cabecillas de Sendero Luminoso”.

Lima, abril 21.

En <https://bit.ly/3aMbcLs>

Comisedh (2012).

Los muertos de Ayacucho. Violencia y sitios de entierro clandestinos.

Lima: Comisión de Derechos Humanos.

Comisedh (2014).

“Cabanino: el Expreso de la Muerte” (documental).

Lima: Comisión de Derechos Humanos.

En <https://bit.ly/2Z3FSWc>

Comisedh (2019).

“A 35 años de la masacre de Soras, familiares de víctimas y sobrevivientes aún esperan justicia”.

Lima: Comisión de Derechos Humanos.

Comisedh - La República (2011).

“Recorrido sangriento. Senderistas de la zona comandados por el ‘camarada José’ masacraron a más de 100 personas

en un viaje al interior de un bus por el sur de Ayacucho”.

Lima: Comisedh, noviembre 20.

En <https://bit.ly/30CXXLo>

Congreso de la República (1986).

Ley 24446 que crea en el departamento de Ayacucho la provincia de Sucre.

Lima, enero 14.

Congreso de la República (2012).

“Presidente Isla y congresistas participan en audiencia pública en comunidad de Soras”.

Lima, noviembre 9.

En <https://bit.ly/3C89ekR>

Congreso de la República (2016).

“Congresista Pérez Tello invoca resolver casos de desaparecidos”.

Lima: Centro de Noticias del Congreso, febrero 19.

En <https://bit.ly/2XphUnj>

Correo (2018).

“Fiscalía pide 35 años de cárcel para Osmán Morote y Margot Liendo por caso Soras”.

Lima, abril 20.

En <https://bit.ly/3pmg1U6>

CVR (2003).

Informe final de la CVR.

Tomo IV. Lima: Comisión de la Verdad y Reconciliación.

El Comercio (2017).

“Pérez Tello destaca trabajo en memoria para evitar

resurgimiento del terrorismo”.

Lima, septiembre 12.

En <https://bit.ly/3j90hAb>

El Comercio (2019).

“‘Paquetazo’: El precio de los productos antes y después de las medidas económicas”. Lima.

En <https://bit.ly/2Xn0Qyw>

La República (2012).

“Soras: la estela de dolor que dejó la ‘caravana de la muerte’ de Sendero”.

Lima, noviembre 10.

En <https://bit.ly/3AQaGql>

Perú21 (2021).

“Soras: La peor masacre, del grupo terrorista Sendero Luminoso, no avanza en el Poder Judicial”.

Lima, mayo 16.

En <https://bit.ly/3jaPgOU>

Salazar, Milagros (2010a).

“Los ‘resucitados’ de la masacre”.

Diario *La República*.

Lima, julio 6.

En <https://bit.ly/3vmfCLT>

Salazar, Milagros (2010b).

“Perú: Deudos de mayor masacre de Sendero en pos de justicia”, julio 29.

En <https://bit.ly/3aQMt8J>

LUM

LUGAR DE LA MEMORIA
LA TOLERANCIA
Y LA INCLUSIÓN SOCIAL



Bajada San Martín 151
Miraflores, Lima - Perú



lum.cultura.pe

Síguenos también en:



20

1. TODA PERSONA TIENE
DERECHO A LA LIBERTAD DE REUNIÓN Y
ASOCIACIÓN.

2. NADIE PUEDE
OBLIGADO A
PERTENECER A
ASOCIACIÓN.

19

TODO INDIVIDUO TIENE
DERECHO A LA LIBERTAD
DE OPINIÓN Y DE
EXPRESIÓN; ESTE
DERECHO INCLUYE EL
NO SER MOLESTADO A
CAUSA DE SUS
OPINIONES, EL DE
INVESTIGAR Y RECIBIR
INFORMACIONES Y
OPINIONES Y EL DE
DIFUNDIRLAS, SIN
LIMITACIÓN DE
FRONTERAS, POR
CUALQUIER MEDIO DE
EXPRESIÓN.